

JOAQUÍN ABATI y FEDERICO REPARAZ

TORTOSA Y SOLER

COMEDIA CÓMICA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

REFUNDIDA POR SUS AUTORES

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

TORTOSA Y SOLER



TORTOSA Y SOLER

COMEDIA CÓMICA

en dos actos y en prosa

REFUNDIDA POR SUS AUTORES

JOAQUÍN ABATI y FEDERICO REPARAZ

Estrenada en el TEATRO LARA el 24 de Marzo de 1904

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1911

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
NIEVES..................	Sra.	Ruiz.
HORTENSIA...........		Rodríguez.
DOÑA CLARA...........	Srta.	Alba.
RIGOBERTA............		Rodríguez Menéndez.
JUANA..................	Sra.	Beltrán.
FEDERICO TORTOSA.....	Sr.	Calle.
LEOPOLDO MARIANEDA		Rubio.
LEONARDO.............		Barraycoa.
EL COMANDANTE SANCHIDRIÁN............		Sepúlveda.
SATURNINO............		Simó-Raso.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

OBSERVACIONES

ACERCA DEL MODO DE VESTIR Y CARÁCTER DE LOS PERSONAJES

TRAJES

Nieves.—A capricho de la actriz en el primer acto, teniendo en cuenta que es invierno, y que se trata de una señora elegante y bien acomodada. En el acto segundo un vestido propio de mañana, como quien acaba de dejar el lecho.

Hortensia.—Acto primero: Abrigo cubre-polvo de viaje y sombrero de ídem. En el segundo acto, vestido elegante, pudiendo variar ó no, á voluntad.

Doña Clara.—Traje obscuro ó negro liso ó con poco adorno. Monocle ó lentes.

Rigoberta.—A su capricho. Elegante sin lujo.

Juana.—Propio de sirviente.

Tortosa.—Queda indicado en el curso de la obra.

Marianeda.—Acto primero: Traje obscuro de americana. En el segundo, levita negra y sombrero de copa. Patillas rectas de cochero y bigote afeitado. Calva disimulada.

Leonardo.—Levita negra, larga y elegante. Pantalón claro. Botas de charol. Chaleco de terciopelo ó pana obscuro con dos filas de botones blancos. Cadena de dos ramas estrecha con pequeño dije en el centro, colgada en los bolsillos más altos del chaleco. Una flor en el ojal de la levita. Corbata elegante de plastrón. Cuello muy alto de moda. Peinado á lo Cleo de Merode, con raya á un lado, y una onda bastante pronunciada que cae sobre la frente, resultando el cabello alisado y la cabeza redonda. Nada de melenas.

Es de importancia que este personaje se ajuste exactamente al modelo descrito.

Comandante Sanchidrián.—Uniforme de caballería, propio de su graduación. Igual en los dos actos.

Saturnino.—De americana. Chaleco á rayas con botones dorados como los que usan los cocheros de casa grande. Delantal en el primer acto. Sin él en el segundo.

CARACTERES

Nieves.—Ingenua. Aspecto inocente y extremada credulidad. Sencilla y bonachona en toda la obra. Representa unos 25 años.

Hortensia.—Todo lo contrario. Resuelta, enredadora y ladina. 30 años.

Doña Clara.—Varonil, impetuosa; habla siempre con imperio. 45 años.

Rigoberta.—Desenvuelta y decidida. 25 años.

Juana.—Indeterminado. 20 años.

Tortosa.—Atrevido, hábil, audaz dueño de sí mismo. 30 á 35 años y aun 40.

Marianeda. —Tímido, torpe, apocado, bobalicón. 50 años.

Leonardo.—Enfático, afectado, redicho, soñador. 30 años.

Sanchidrián.—Brusco, gruñón, francote. 40 á 50 años.

Saturnino.— Ordinario y remolón. 30 años.



ACTO PRIMERO

Sala elegante. En el centro del foro un gran mirador practicable de cristales, con persianas (ó stores) en todos sus huecos, las cuales estarán echadas al empezar la acción. En la parte baja del mismo algunos tiestos. Uno de los costados de este mirador será movible, pudiendo el actor pasar al foro cuando se indique. Las puertas de cristales de la parte anterior del mirador que da á la escena estarán cubiertas con visillos muy tupidos y cerradas al empezar la acción. También tendrá maderas que se puedan cerrar cuando se indique. En el foro derecha un piano vestido, colocado con el teclado hacia la pared de modo que el que toque quede oculto para el público. Eu este lienzo de pared, cuadros ú otros adornos. En el foro izquierda, entredós con espejo, y hacia el rincón de la izquierda un calorífero encendido. Puertas en los cuatro términos laterales. La puerta del segundo término derecha es la de entrada, suponiéndose conducir al recibimiento. A la derecha, velador, butaca y sillas volantes. A la izquierda otro velador con su butaca y sillas volantes. Sobre el velador de la izquierda, un juego de agua compuesto de botella, bandeja y dos grandes copas; timbre. Sobre el velador de la derecha, escribanía, carpeta con papel y sobre, periódicos y libros. Sobre el entredós reloj y dos caballetes de nikel, con dos retratos, uno de señora y otro de caballero. Colgaduras en los cinco huecos, araña, cuadros, alfombra, etc. Donde no sea posible disponer el mirador bastará un balcón practicable con una gran persiana que cubra todo el frente. Es de día.

ESCENA PRIMERA

SATURNINO solo. En seguida DOÑA CLARA. Al levantarse el telón, Saturnino subido en un banquillo de madera limpiando el espejo de la derecha con un paño

SAT. (Cantando con música de «Campanero y Sacristán».)

Salga usté,
salga usté ya mi tinienta.
No diré
no diré yo para qué.
Pues si la
pues si la vieja se entera...
etc., etc.

CLARA (Por la segunda izquierda. Lleva las manos cruzadas por la espalda en actitud militar. Habla siempre á Saturnino en tono de mando.) ¡Saturnino!

SAT. (Cuadrándose.) ¡Mi coronela!

CLARA ¡Dos pasos al frente! (Saturnino obedece.) ¡Esa cabeza derecha!... ¡Ese codo pegado al cuerpo! Está bien. Oye. ¿Qué te decía antes mi yerno?

SAT. Que no almuerza hoy en casa, mi coronela.

CLARA ¡Milagro sería! ¿Has registrado su ropa?

SAT. Todavía no, mi coronela.

CLARA Mira bien. Hasta en los forros.

SAT. Sí, mi coronela.

CLARA Y si encuentras algo... (Estornuda.)

SAT. ¡Jesús María y José! mi coronela.

CLARA Gracias. (Reparando en el mirador abierto.) ¿Pero, ¿quién ha abierto ahí?

SAT. El señor me mandó, por causa del calorífero...

CLARA Ah, sí. ¡Su famosa invención!... ¡Bonito descubrimiento! ¡No se puede respirar en toda la casa! Cierra, cierra. (Saturnino cierra.) ¡Media vuelta á la izquierda! ¡Paso ligero! ¡En columna cerrada! ¡A la cocina! (Vase Saturnino por la segunda derecha, con paso militar, llevándose el banquillo.)

ESCENA II

CLARA y NIEVES. Después LEONARDO

NIEVES (Entrando por la primera izquierda.) Buenos días, mamá.

CLARA Buenos días, hijita. (Besándola.) ¡Hum!... ¡tú estás pálida!... ¡tú no has dormido!... ¡tú eres desgraciada...

NIEVES (Sonriéndose.) No, mamá, te aseguro...

CLARA (Besando á Nieves con efusión.) ¡Ay, pobrecita hija mía!... ¡pobrecita!...

NIEVES ¡Pero mamá! (Se sienta.)

CLARA (Sentándose á su lado.) ¡La culpa la tengo yo por haber concedido tu mano á un fumista!

NIEVES Mamá... ¡si Federico no es fumista!

CLARA ¿Un procurador que hace caloríferos? Yo llamo á eso fumista, fumista y trapisondista.

NIEVES ¡Qué cosas tienes! Federico es incapaz de engañarme.

CLARA Eso está por ver. Según parece, hoy almuerza fuera de casa.

NIEVES Calla... ¡pues no me lo ha advertido! ¡Qué lástima! ¡Precisamente hoy que van á llegar los de Marianeda!

CLARA ¡Y es la tercera vez en ocho días!

NIEVES Los hombres de negocios...

CLARA ¡Buena tapadera son los negocios!

NIEVES Ya sabes que por el mucho trabajo ha tenido que tomar un secretario.

CLARA Sí. Ese poeta.

NIEVES Leonardo.

CLARA Para ocuparse especialmente de los anuncios.

NIEVES (Con viveza é interés.) ¿Has leído sus versos de ayer en *El Imparcial*? ¡Son admirables! (Recitando con entusiasmo.)
«Cuando en la noche fría y tenebrosa
ruge el viento inclemente,
junto á un buen calorífero *Tortosa*
se está divinamente.»
«Unico sistema
dos veces premiado
en Exposiciones,

con cinco patentes
que hacen imposibles
las imitaciones.»

CLARA Sí, sí; muy bonitos.

LEON. (Por la primera derecha.) Señoras...

CLARA Buenos días, señor poeta. Con su permiso. (A Nieves.) Voy á ver si han preparado las habitaciones. (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA III

NIEVES y LEONARDO. Este personaje hablará en tono enfático y afectado

NIEVES (Emocionada.) (¡Leonardo!)

LEON. ¿Y el señor Tortosa?

NIEVES Está ocupado... y yo voy... (Medio mutis.)

LEON. Por caridad... Quédese un instante. Demasiado sabe, angélica y etérea Nieves, que únicamente para acercarme á usted he consentido en aceptar el puesto de secretario del señor Tortosa, y en poner mi musa al servicio de sus anuncios. (Con amargura.) ¡Y qué anuncios! (Recitando.)

«Si en la estación más cruda y rigorosa
sentís que el frío invade vuestros piés,
comprad un calorífero *Tortosa,*
y si no basta comprad dos ó tres.»

¡Ah, Nieves!... ¡Por usted,.. por usted sola adultero así la poesía que llevo en el alma!... ¡Por usted canto á un *choubeski!* ¡Por su amor me pongo al nivel del *cock* y de la hulla!

NIEVES (Severamente.) Caballero. Está usted hablando á la señora de Torsosa.

LEON. (Con amargura.) ¡La señora de Tortosa!... ¡No me decía usted eso el día feliz, voluptuoso y emoliente en que la encontré delante del Bazar de la Unión!... Llovía á cántaros, yo no llevaba paraguas, usted me ofreció un sitio en su coche... yo trepé al vehículo... la declaré á usted mi pasión extraterrena. Me arrojé á sus piés... por cierto que me lesioné con la bigotera según noté posteriormente. Entonces usted llena de piedad, depositó un

ósculo sobre mi pálida mejilla. Sí, me *osculizó* usted.

NIEVES Fué un vaiven del carruaje.

LEON. ¡Oh... no!..

NIEVES ¡Leonardo!... (Rectificando.) ¡Don Leonardo!...

LEON. ¡Leonardo!... me lo ha llamado á secas. (Recitando)

«El cielo se ha entreabierto,
el amor ha vencido.
Toma, Venus, mi sangre.
¿Qué quieres? ¡Habla, diosa!»

ESCENA IV

DICHOS, FEDERICO por la segunda derecha. Viste un batín de mañana, pantalón oscuro, botas de charol, cuello de camisa muy alto, Todo elegante

FED (Que ha entrado en el segundo verso.) (¡Eh!)

NIEVES (Dando un ligero grito al verlo.) (¡Mi marido!)

LEON. (¡Caracoles!) (Declamando.)

«Y Venus dijo al punto:
solo un favor te pido,
mándame el calorífero
modelo de «Tortosa.»

FED ¡Ah!... ¿un anuncio?... ¿es un nuevo anuncio?...

LEON. Sí. Para *El Liberal* y el *Heraldo*. Se trata de un diálogo entre Marte y Venus. (Mirando á Nieves.) Venus promete á Marte acceder á su amor...

NIEVES (¡Qué atrevimiento!)

LEON. Y ella le pide en cambio...

FED ¿Un calorífero sistema «Tortosa»?

LEON. Eso es.

FED ¡Originalísimo! ¿Y cómo lo titula uste?

LEON. *El calorífero de Venus.*

FED ¡Maravilloso! Le subiré á usted el sueldo á fin de mes.

LEON. ¡Oh!... ¡Don Federico!...

FED. Envíe inmediatamente ese anuncio á los periódos.

LEON. En seguida. (Saliendo y mirando á Nieves.) (Nieves me amará dentro de ocho días, y al mismo tiempo me aumentarán el sueldo... ¡Nunca hubiera esperado ambas cosas simultáneamente!) (Vase primera derecha recitando de nuevo.)

«Toma, Venus, mi sangre.
¿Qué quieres? ¡Habla, diosa!»

ESCENA V

DICHOS y SATURNINO. Después HORTENSIA, MARIANEDA. Luego CLARA

SAT. (Entrando muy deprisa por la segunda derecha.) ¡Señorita!... ¡Señorita!... ¡Los forasteros!... (Entran Marianeda y Hortensia por la segunda derecha, seguidos de Juana, que trae los objetos de viaje.)

NIEVES ¡Hortensia!

HORT. ¡Nieves!... (Se abrazan y besan. Saturnino y Juana vanse por segunda izquierda, llevándose los objetos de viaje que traen Marianeda y Hortensia. Después vuelven á salir y vanse por la segunda derecha.)

MAR. ¡Federico!

FED ¡Leopoldo! (Se estrechan la mano A Hortensia.) ¡Señora!... (Se dan la mano.) ¿Qué tal el viaje?

HORT. Excelente.

CLARA (Saliendo por la segunda izquierda.) ¡Tanto bueno por aquí!

HORT. }
MAR. } ¡Doña Clara! (Se saludan.)

CLARA ¿Qué tal, doctor? ¿Cómo van esos enfermos?

MAR. ¿Los enfermos? ¡Tan buenos, digo, tan malos... estarán... en sus camitas!

FED ¡Lo que es ahora os tenemos aquí un mes!

HORT. (Protestando.) ¡Un mes!... ¡Por Dios!

MAR. El tiempo preciso para hacer las visitas reglamentarias.

FED. ¿Qué visitas?

HORT. Es verdad... ¿no saben ustedes?... Mi marido presenta su candidatura á la Academia de Medicina.

NIEVES ¡Caramba! Mi entusiasta felicitación.

MAR. (Modestamente.) He pensado que después de

mis trabajos sobre los microbios, tenía probabilidades...

NIEVES (A Hortensia.) ¿Quieres arreglarte un poco? Vamos á tu habitación.

HORT. Sí, vamos.

CLARA Os acompaño.

NIEVES Hasta ahora. (Vanse las tres conversando por la segunda izquierda.)

ESCENA VI

FEDERICO y MARIANEDA

MAR. (Tosiendo y olfateando.) Oye. ¿No notas un olor extraño?

FED. ¡Ah!... sí, es el calorífero!... Cuando el viento viene del Norte, tira mal; pero cuando viene del Sur...

MAR. Tira... de espalda.

FED. Espera. (Yendo al mirador.) Renovaremos el aire... (Abre.) (Lo voy á tener que apagar.) (Mirando por el mirador.) ¡Calla... está en el balcón!

MAR. ¿Quién?

FED. Mi vecina. ¡Miss Arabella!

MAR. ¿Miss Arabella?

FED. La estrella del Salón Japonés. ¿No la conoces?

MAR. De nombre, por haber leído en los periódicos... (Se acerca al balcón y mira con interés.)

FED. Ya nos ha visto. (Saluda.)

MAR. Juraría que nos guiña un ojo... Cierra, cierra.

FED. ¿Qué te pasa?

MAR. Mirando ciertas cosas me descompongo.

FED. (Cerrando.) Oye, ¿y en Calahorra tenéis buen mujerío?

MAR. Vaya... ¡episcopal! pero como si no...

FED. ¿Eres un marido casto?

MAR. (Suspirando y sentándose en una butaca.) ¡Casto!

FED. ¡Embustero!

MAR. Desde hace diez años que me casé, no he tenido la más insignificante sucursal del matrimonio. El tálamo central... y gracias.

FED. Te felicito.

MAR. No me felicites. Si no he tenido la más insignificante sucursal, no fué por falta de ganas, sino porque no he podido.

FED. (Sentándose junto á él.) ¿Quién te lo impidió?

MAR. «La Bambalina.»

FED. (Con extrañeza.) ¿La Bambalina?

MAR. Sí. Con ese título se formó hace tiempo en Calahorra una sociedad de aficionados al arte dramático. Mi mujer es la presidenta, y tan á pecho ha tomado su papel, que se sabe de memoria todo el repertorio cómico antiguo y moderno. Conoce todos los recursos, todas las tretas de que se valen los maridos para engañar á sus mujeres en las comedias: inútilmente me ingenio en buscar las causas más verosímiles, los recursos más hábiles para burlar su vigilancia... Apenas abro la boca... ¡zás!... me espeta el argumento de una obrita. (Con desesperación.) ¡He agotado todo el repertorio!

FED. (Sonriendo.) Tú tienes la culpa. Si en lugar de haber buscado los medios vulgares y anticuados hubieras echado mano de alguno nuevo... si te hubieras molestado en buscar como hice yo después de mi aventura con Lucrecia Leganitos...

MAR. Sí... ya me contaste. ¿Aquella que tenía de protector á un comandante muy celoso; el cual estuvo á punto de sorprenderte en su casa?

FED. La misma. Apenas tuve tiempo de escapar por el balcón. ¡Gracias que era entresuelo! Desde aquel día me hice más cauto. Comprendí que podría llegar á oídos de Nieves cualquiera de mis deslices, y me puse á buscar un medio seguro, inviolable... un medio que no haya sido empleado en el repertorio.

MAR. No te canses. No lo hay. ¡Más que yo lo he buscado!

FED. ¡Qué poca inventiva! ¡Me causas lástima! Oye. En estos momentos le hago el amor á una viudita encantadora. Bueno. Pues mi mujer había de verme con la otra del brazo por la calle, y juraría que yo era inocente como un cordero recién nacido.

MAR. (Admirado.) ¿Has encontrado ese recurso maravilloso?

FED. Sí.

MAR. ¡Me llenas de asombro! ¡Federico!... ¡Amigo Federico!... ¡excelente Federico!... ¡revélame tu secreto!

FED. ¿Cómo? ¿Que yo te diga?... ¡Quiá! ¡Un secreto entre dos, ya no es secreto!

MAR. (Implorando.) ¡En nombre de tu padre, de tu madre, de tus abuelitos!... ¿Quieres que te lo pida de rodillas?... Mírame... (Se arrodilla.)

FED. No, no.

ESCENA VII

DICHOS, NIEVES y HORTENSIA por segunda izquierda

NIEVES Pero, doctor... ¿qué hace usted de rodillas?

FED. (¡Anda!)

MAR. Pues... pues... (Se levanta.)

FED. Me examinaba una pierna.

MAR. Creí que tenía lesionado el *peroné*... pero no.

NIEVES Si quiere usted asearse...

MAR. Allá voy. (Necesito arrancarle su secreto.) (Vase por segunda izquierda.)

FED. Con permiso de ustedes, terminaré de vestirme. (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA VIII

NIEVES y HORTENSIA

NIEVES (Indicando un asiento á Hortensia y sentándose á su lado.) ¿Qué tal? ¿te diviertes mucho en Calahorra?

HORT. Pues mira, sí; lo paso bien, aunque no es muy alegre que digamos.

NIEVES ¿Por qué no te decides á vivir en Madrid?

HORT. ¡Eso sí que no! Esta agitación... este barullo perpetuo...

NIEVES ¿No será que los celos?... ¿el temor de que tu marido aquí?...

HORT. ¿Yo celosa? ¡Qué tontería! Estoy muy descuidada respecto á eso. Mi marido no me engañará nunca.

NIEVES ¿Tan segura estás de su fidelidad?

HORT (Riendo.) ¿Su fidelidad? No daría por ella cinco céntimos. El maldito no puede ver á una mujer sin que se le alegren los ojos... ¡Las veces que me habrá engañado teóricamente!... Pero de la teoría á la práctica... No. Conozco muy bien las trapacerías de esos caballeros. Distingo á los maridos desleales hasta por el olor.

NIEVES (Con ingenuidad.) ¿De veras? Oye, ¿á qué te ha olido el mio?

HORT. ¿El tuyo? Dispensa; con los maridos de las amigas, siempre estoy constipada.

NIEVES Mira.., yo... no es que sospeche de mi esposo... (Reflexionando. Sin embargo... una vez...

HORT. (Acercandose con interés.) ¿Qué pasó una vez?

NIEVES Tuve miedo.

HORT. Cuenta, cuenta...

NIEVES Verás. Cierta mañana recibí un anónimo que decía: «Señora, su marido la engaña; el martes estuvo comiendo en Fornos con una camarera de café.»

HOAT. ¿Y aquel martes comió efectivamente?...

NIEVES Conmigo. Ni siquiera se movió de casa.

HORT. ¡Hola!

NIEVES A los quince días, nuevo anónimo: «Señora, don Federico Tortosa estaba el lunes almorzaddo en los Viveros con una viuda filipina.»

HORT. ¿Y aquel lunes?

NIEVES Fuimos á almorzar juntos á casa de unos amigos nuestros.

HORT. ¡Es curioso! ¡Qué casualidades!

NIEVES Yo no me explicaba el significado de esta broma de mal género, cuando un día mi marido entra en casa furioso, le pregunto qué tiene, y me cuenta que en la calle de Fuencarral, un desconocido le paró y le dijo dándole golpecitos en el hombro: «¡So tuno! ¿dónde vas por aquí? ¡Dispense usted, le respondió Federico, pero no tengo el gusto de conocerle. Este Soler, siempre tan bromista, contestó el otro... Pero ¡caballero, que yo no

me llamo Soler!... Se dan mutuas explicaciones, y mi esposo averigua, con estupefacción, que se parece de un modo extraordinario, asombroso, á un señor Soler que anda por ahí.

HORT. ¡Hombre, hombre! Pero, dime, ¿desde entonces no han vuelto á confundir á tu esposo en la calle?

NIEVES ¡Ya lo creo! Mil veces...

HORT. ¿Siempre cuando va solo? ¿Nunca cuando va contigo?

NIEVES Nunca.

HORT. (¡Malo!)

NIEVES ¿Por qué me preguntas eso?

HORT. Por nada. (Siquiera tendría el mérito de la invención... no recuerdo haber visto en el repertorio...)

NIEVES ¿Qué tienes?

HORT. Nada, mujer.

NIEVES Juraría que ocultas algo. (Vivamente.) ¿Es que sospechas?

HORT. (Después de todo, las amigas deben ayudarse.)

NIEVES (Con mucho interés.) Habla... Acaso esa historia del señor Soler... ¿con qué objeto la habría inventado?

HORT. ¡Eres de lo más infeliz!... ¿El objeto? No puede ser más claro, más evidente... Se necesita estar ciega, ó tuerta por lo menos. Supongamos que mañana ves á tu marido en un coche con una mujer.

NIEVES (Con ansiedad.) Sí...

HORT. Bueno, pues no es á él sino al señor Soler á quien tú has visto. Por lo menos así lo afirmaría tu esposo.

NIEVES (Comprendiendo.) ¡Ah!... (Reflexionando.) Pero... ¿y los anónimos?

HORT. Enviados por él mismo para alejar tus sospechas.

NIEVES ¡Infame!

HORT. ¿Comprendes ahora?

NIEVES Sí... pero... ¿Soler no existirá?

HORT. Hay probabilidades. No puedo asegurarlo...

NIEVES Entonces... esos continuos almuerzos fuera de casa, bajo pretexto de negocios... hoy mismo, sin ir más lejos...

HORT. (Con viveza.) ¡Ah! ¿hoy?

NIEVES (Nerviosa.) ¡Buenos estarán los tales negocios! (Se oye dentro la voz de Federico.) ¡El!

HORT. ¡Tu marido!... ¡Cuidado!... ¡nada de nervios! ¡nada de escándalos!

NIEVES No temas.

FED. Que no sospeche.

NIEVES Obsérvale bien.

ESCENA IX

DICHOS, FEDERICO por la primera izquierda en traje de calle y llevando en la mano el sombrero de copa y el bastón

FED. Espero que me habrás disculpado con Hortensia por no almorzar hoy en casa..

HORT. Sí, me ha dicho Nieves...

FED. Un almuerzo de negocios... un importante pedido de caloríferos para Canarias..

NIEVES (Irónica y conteniendo su furia.) Váyase... váyase... ah... y si al ir á ese almuerzo de *negocios* encontrara usted por casualidad al señor Soler, le da usted de mi parte muchísimos recuerdos.

FED (Sorprendido.) ¡Eh!... (¿Qué es esto?)

HORT. (¡Qué torpe!)

FED. (Con serenidad y fingiendo indiferencia.) No sé á qué obedece...

NIEVES (Bruscamente.) Ven, Hortensia.

HORT. (No se ha turbado ni un momento. Decididamente es hombre sereno. Habrá que hilar fino.) (Vanse ambas por la primera izquierda.)

ESCENA X

FEDERICO. Luego MARIANEDA

FED. ¡Qué cosa tan extraña!

MAR. (Entrando por la segunda izquierda y acercándose á Federico en actitud humilde y como implorando limosna.) Joven... ¡un poco de caridad para esta víctima de los autores cómicos!

FED. ¡Para caridades estoy yo!

MAR. (Asombrado del tono que usa Federico.) ¿Qué ocurre?

FED. Ocurre que mi mujer, hace un momento tan crédula y confiada, acaba de dirigirme ciertas alusiones...

MAR. ¿De veras?

FED. Aquí mismo, delante de la tuya. Vamos... que tiene, como suele decirse, la mosca en la oreja y no comprendo quién habrá podido...

MAR. ¿Quién? No te canses en buscar más. La mosca es mi mujer.

FED Calla... puede que tengas razón...

MAR. ¡Y como ella se mezcle en este asunto estás perdido!

FED. ¿Perdido?... ¿Yo?

MAR. Tú no la conoces, desgraciado. ¡Eso no es mujer, es un vigilante de consumos!

FED Mira, Leopoldo. Tú eres quien no me conoce. (Mirando provocativamente hacia la puerta por donde salió Hortensia.) ¡Ah, señora de Marianeda! ¿Pretende usted mezclarse en mis asuntos? ¡Pues sea!... nos veremos. Antes de diez minutos quedará usted aplastada, confundida, y usted será la primera en proclamar mi inocencia. Adiós.

MAR. Pero... ¿á dónde vas?

FED. ¿A dónde voy? A jugarme el todo por el todo. (Con energía.) Tú eres pobre de espíritu. Yo soy audaz y ya sabes la máxima... *¡Audaces fortuna juvat!* (Vase segunda derecha.)

MAR. Tiene razón. En cambio los papanatas como yo, *per semper achicharratis celosiam mulierem escomonarum.*

CLARA Doctor, Hortensia le llama.

MAR. ¡Voy! (Vase primera izquierda.)

ESCENA XI

CLARA, por segunda izquierda; después SATURNINO; después SANCHIDRIAN, vestido con el uniforme de comandante de caballería

CLARA Echaremos un vistazo á la cocina.

SAT. (Por segunda derecha.) Mi coronela.

CLARA ¿Qué ocurre?

SAT. Hace un rato que espera en la antesala el comandante.

CLARA ¿Qué comandante?

SAT. ¡El nuestro!... El del segundo de Linares.

CLARA (Con alegría.) ¿Sanchidrián?... ¿y tú le has hecho esperar?

SAT. Estábamos recordando los tiempos del regimiento, cuando él y cuando yo...

CLARA (Impaciente.) Vamos, vamos... que pase. (Vase Saturnino.) ¡Después de tantos años! ¡Qué sorpresa!...

SANCH. (Apareciendo en la segunda derecha,) ¿Da usted su permiso, mi coronela?

CLARA (Tendiendole los brazos.) El permiso es poco. ¿Le sirve á usted un abrazo?

SANCH. (Emocionado, avanzando y abrazándola respetuosamente.) ¡Con alma y vida!

CLARA ¿Y el segundo de Linares?

SANCH. Sigue siendo la perla del ejército. No en balde túvo por jefe al coronel Vizcarrondo, su ilustre cuanto fallecido esposo.

CLARA Gracias, comandante. Pero siéntese. (Se sientan,) ¿Y desde cuándo en Madrid?

SANCH. Una hora escasa, mi coronela, y la primera visita...

CLARA Siempre tan atento.

SANCH. ¿Y Nieves?

CLARA Casada hace cinco años.

SANCH. ¡Hola!... ¿El yerno será militar, naturalmente? ¿Caballería? (Movimiento negativo de Clara.) ¿Artillería? (Idem.)

CLARA ¡Fumistería!

SANCH. ¿Es un deshollinador?

CLARA Casi, casi... un fabricante de tufo... Pero, no hablemos de eso... dígame usted... ¿qué le trae por aquí? ¿Algún traslado?

SANCH. No, mi coronela; vengo á un asunto particular de lo más extraño que puede figurarse. ¿Usted ha oído hablar alguna vez de Lucrecia Leganitos?

CLARA No me suena.

SANCH. Bueno. Pues Lucrecia Leganitos era una chica con quien tuve relaciones amorosas en mi último viaje á Madrid. Relaciones inofensivas, ¿eh?... no vaya usted á maliciarse...

CLARA (Con sorna.) Ya, ya...

SANCH. Una noche llego á su casa inopinadamente, voy á entrar en su habitación, oigo una voz de hombre, y ya me conoce usted... la sangre se me sube á la cabeza, me precipito en la estancia como un rayo, tropiezo con la bombilla de la luz eléctrica que estalla dejándonos á obscuras... y cuando me disponía á estrangular á mi rival, recibo una tremenda bofetada que me hizo sospechar si el dador sería artista de circo ó profesor de gimnasia.

CLARA ¿No lo mató usted?

SANCH. Señora, para matarle hubiera necesitado una bicicleta, porque corría más que un gamo.

CLARA ¿Y no logró usted verle la cara?

SANCH. ¡Quiá!... desapareció... Desde entonces no como, ni duermo, ni vivo ante la idea de que hay por esos mundos un hombre que me ha cruzado el rostro. ¡El rostro del comandante Sanchidrián! ¡Y que yo no he podido hacerle tajaditas!

CLARA Así me gustan á mí.

SANCH. No teniendo otros medios me dirigí á «La Escudriñadora», una Agencia de informaciones, le proporcioné los datos que poseía y ayer recibí por fin este telegrama. (Sacando un telegrama y leyendo.) «Venga inmediatamente. Conocemos el nombre del agresor.» Esta misma tarde ese sinvergüenza recibirá tal lluvia de bofetadas que va á parecer una ovación de la *claque* en el teatro. (Consultando su reloj.) Ea, me retiro, tengo que ir á buscar... (Se levanta.)

CLARA ¿Que se va usted? De ningún modo. No le suelto. Almorzará usted con nosotros.

SANCH. Tendría gusto en ello, pero ayer telegrafié á mi sobrina que la llevaría hoy á almorzar en Lhardy, y por esta razón,..

CLARA Pues en lugar de llevar á su sobrina á Lhardy, tráigala usted á almorzar aquí. Sin cumplimientos.

SANCH. Bien. Acepto. En ese caso voy ahora mismo á buscarla y dentro de un cuarto de hora nos tiene usted aquí.

ESCENA XII

DICHOS; SATURNINO por la segunda derecha, muy azorado y con una tarjeta en la mano

SAT. Mi co... mi co...

CLARA ...Ronela.. ¿qué te pasa?

SAT. En la antesala espera un señor... pero... un señor... vamos, si parece mentira...

CLARA Acaba...

SAT. Que pregunta por el señor.

CLARA Pues dile que no está.

SAT. Es que también pregunta por la señora...

CLARA Entonces hazle pasar y avisa á la señorita. (Mutis.)

SAT. O estoy dormido... ó estoy borracho... ó esto es cosa de brujas. (Vase por segunda derecha, saliendo en seguida precediendo á Federico. Vestirá este personaje en esta escena un traje, nada elegante, de chaquet, más bien ordinario. Será su aspecto el de un viajante de comercio endomingado, procurando que las prendas que ahora viste contrasten todo lo posible en color y en forma con las que vestía anteriormente. El peinado será distinto del que antes llevaba. Camisa de cuello bajo, gruesa cadena de reloj, botas con caña clara y, en una palabra, todo cuanto sin exageración y sin afectar en nada á la cara, que no sufrirá modificación alguna, pueda diferenciarle del personaje representado antes. Hablará con marcado acento catalán.)

FED. (A Saturnino, que le mira embobado dando vueltas á su alrededor.) Vamos, ¡voto *als demonis!* ¿Le *porta* ó no la tarjeta?

SAT. Es que el señor ha salido.

FED ¿*Ha surtit?* ¡*Ma noy!*... sí que *tinch* mala *sort*. *Pásile* recado á la *senyora entonses*. (Vase Saturnino, siempre contemplándole asombrado por la primera izquierda.)

ESCENA XIII

FEDERICO Después NIEVES

FED (Recobrando su voz y acentos naturales.) ¿Qué tal, señores autores cómicos?... ¿y usted, presi-

denta de la Bambalina?... ¿está esto en el repertorio?...

NIEVES (Por la segunda izquierda y como hablando con alguien dentro.) ¿El señor Soler?... ¿Ese caballero que...? (Dando un grito de sorpresa al ver á Federico.) ¡Ah! (Saturnino vuelve á salir y vase por la segunda derecha.)

FED ¿*Tinch l'hónor* de *parlá* con la mujer del *senyor* Tortosa?

NIEVES ¡Es asombroso!

FED (Saludando.) *Senyora*.

NIEVES ¡No se mueva usted!... (En el colmo de la admiración.) ¡La misma nariz! ¡Los mismos ojos!... ¡La misma boca!...

FED (Sonriendo.) ¿De modo que el *seu marit*... vamos, su marido... y yo somos tan *semblachs*, tan?...

NIEVES (No comprendiendo.) ¿Semblachs?

FED Tan *paresidos*, mujer, tan *paresidos*.

NIEVES ¡Ah!.... ¿usted sabe que mi esposo...?

FED ¡*Ma noy qui* si lo sé!... Mire, ya seis meses que resido en *Madrit*, y no puedo dar un *pas per* las calles, porque á todas horas *sento desır:* «¡Ahí va Tortosa! ¡*Adeu*, Tortosa!...»

NIEVES Lo mismo que mi marido: «¡Ahí va Soler!... ¡Adiós, Soler!...»

FED. ¿El *també?* ¡*Ma noy! Cansat* ya de tantas *equivocasiones vi al anunsio* de un periódico las señas de *en* su mnrido, y decidí visitarle para *pusarnos d'acord*, y convenir los medios de evitar *novas confusiones*... por ejemplo... que él se *afaite* el *bigot*, que se *deixe* la perilla...

NIEVES (Sin cesar de mirarle.) ¡Hasta sus gestos! ¡va. mos!... ¡es aterrador!... porque yo misma.. ¡su propia mujer!

FED (Fingiendo asombro.) ¿De veras?

NIEVES Si no fuera por el modo de hablar... por el acento....

FED ¿Pero *l'u seu* marido no tiene *asento?* ¡Pobre *home!*

NIEVES (Toma el retrato de Federico, que está sobre la chimenea.) Aquí está su último retrato. Juzgue usted mismo.

FED (Tomando el retrato.) *Grasias*. (Examinándole.) Sí que está *bé*.

NIEVES (Sonriendo.) ¿Opina usted?...

FED *Molt bé*... ¡Cosa rara! Si *sembla* que *m'estich* contemplando en un *mirall!*

NIEVES ¿Un *mirall?*

FED Un *mirallo*... vamos, un espejo... Mire, ¿sabe? la costumbre de hablar catalán.., se me olvida que estoy entre gente *desgrasiada* que no lo entiende.

NIEVES ¡Ay, caballero! ¡Si supiera usted qué feliz me hace la idea de que existe usted verdaderamente!

FED. *¿Com* que yo existo *verdaderament? ¡Ma noy!*

NIEVES (Un poco avergonzada.) Sí, porque yo creía... sospechaba... vamos... una de mis amigas, me había calentado la cabeza... (Llamando.) ¡Hortensia! (A Federico.) Perdone usted. (Acercándose á la segunda izquierda.) ¡Hortensia!

FED. (Con su voz natural.) (¡Bien decía Leopoldo! ¡Era su mujer!)

NIEVES ¡Hortensia!

FED. (Ahora empieza el peligro... serenidad y aplomo.)

ESCENA XIV

DICHOS y HORTENSIA. Luego MARIANEDA

HORT. (Entrando segundo izquierda.) ¿Me llamas? (Cogiendo á Hortensia de la mano é indicando á Federico.) Sí... ¡Mira!

HORT. (Con naturalidad.) Tu marido.

NIEVES (Palmoteando con alegría.) (A Federico) ¡También le toma á usted por mi marido! Querida Hortensia, tengo el gusto de presentarte al señor Soler.

HORT. (Atónita.) ¿Cómo?

FED. (Saludando.) Viajante de la casa *Estruch* y *Rull* de *Barselona*. Calle de Raurich, 27, especialidad en peines, calcetines, betún y obleas. (Entrega á Hortensia una tarjeta.) *Míreselo* aquí.

NIEVES (Presentando á Hortensia.) La señora del doctor Marianeda, mi mejor amiga.

FED. (Saludando.) ¡Ah, *molt gust!*... (Hortensia saluda con una inclinación y hace después un gesto de extra-

ñeza.) (¡Chúpate esa!) (Aparece Marianeda por el foro izquierda.)

NIEVES (Viendo á Marianeda.) (Tu marido... silencio, ahora verás.)

MAR. (Viendo á Federico.) ¡Calla! Federico... ¿Ya estás de vuelta?

NIEVES (Palmoteando.) (¡También él!) (Presentando á Marianeda.) El doctor Marianeda.

MAR. Pero, señora, ¿nos va usted á presentar á estas alturas? (A Federico.) Oye, ¡qué corbatita más cuca!...

NIEVES (Presentando á Federico.) El señor Soler, de quien hablábamos hace un momento.

MAR. (Asombrado.) ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

FED. Doctor... (Saludando.)

MAR. (Acercándose cada vez más á Federico.) Pero... pero... pero... Dispense usted que le mire con tanta insistencia... desde el punto de vista patológico...

FED. Está usted dispensado, amigo; puede *mirarse* lo que quiera.

NIEVES (A Hortensia.) ¿Y ahora qué dices?

HORT. (Sería mucha audacia.) (Voz de Clara dentro.)

NIEVES Mamá... (A Federico.) ¡Chist!... disimule usted.

HORT. (Si yo pudiera...)

FED. (Mirando á Hortensia.) (No me quita ojo.)

ESCENA XV

DICHOS y CLARA, por segunda derecha

CLARA ¡Caramba, Federico!... ¿Ya se ha terminado ese almuerzo de negocios? (Federico sonríe sin responder. Nieves y Marianeda hacen esfuerzos para no soltar la carcajada. Sólo Hortensia, seria, no pierde de vista á Federico.) ¿Se han vendido muchos caloríferos? (Federico sigue sonriendo sin responder. Igual juego por parte de Nieves y Marianeda.) ¿Te has vuelto mudo?... ¡Calla!... ¿y ese traje?... (Igual juego de los otros. Estupefacción de Clara. Al volverse, ve á Nieves y Marianeda, que acaban por reirse estrepitosamente.)

FED. (A Nieves, como excusándose y riendo.) ¡Voto *als dimonis*! Mire, no puedo más ¡Me estallo de

risa! Estamos abusando de la *pobreta... Ma noy.*

CLARA ¿Cómo? ¿Qué dice este hombre?

NIEVES (Presentando á Federico.) El señor don Bienvenido Soler...

CLARA (Estupefacta.) ¿Qué?

NIEVES Has caído en la trampa como Hortensia y el doctor.

FED. *Vosté* me *desimulará*, señora, pero la *seba* hija, ha querido *emburlarse*, vamos, divertirse *un ratet*, ¿sabe?

CLARA ¿Es decir, que usted?...

NIEVES (Presentando á Clara.) Mi madre, la señora viuda Vizcarrondo.

CLARA ¡Es fantástico! ¡Dos cartucheras del mismo modelo!

HORT. (¡Ah!... ¡buena idea!) (Se acerca al velador, se sienta, toma una hoja de papel que introduce en un sobre y escribe la dirección. Nieves toca el timbre.)

FED. (Con voz natural, mirando de reojo á Nieves.) (¿Qué tramará Hortensia?)

CLARA (Indicando una silla á Federico.) Siéntese usted.

MAR. Un instante, doña Clara, un instante. Conl vengo, efectivamente, con ustedes, en que e, parecido con Tortosa es asombroso, pero. sin embargo, mi ojo clínico, reconoce en seguida ciertas diferencias que se escapan fácilmente á las miradas del vulgo.

FED. Hombre, yo también he *pensao* que en cosas nos *desigualaremos.*

NIEVES (Á Marianeda.) ¿Y en qué consisten esas diferencias?

MAR. En la conformación de la bóveda craneana, la disposición de la caja ósea y la línea que va desde el epigastrio al raquis.

CLARA (Acercándose.) Déjeme usted examinar...

MAR. Eso salta á la vista. (Le examina detenidamente,)

HORT. (Ahora veremos.) (Llamando á Juana, que entra por la segunda derecha. Aparte en voz baja.)

JUANA (Señora.) (Hortensia habla un instante con ella en voz baja y le da la carta.) (¡Sí, señora!)

HORT. ¡En voz alta! ¿Entiendes? (Juana hace un signo afirmativo y vase por la segunda derecha.)

CLARA (Con ingenuidad.) Pues yo no noto que la bóveda de este señor... (Á Hortensia.) ¿Y á ti qué te parece, Hortensia?

HORT. Por mi parte, aún no he formado opinión definitiva.

FED. ¡De veras que lo siento! Habría tenido *espesial complasensia* en conocer su opinión. ¿Con que *dise*, doctor, que la caja ósea?...

JUANA (Entrando por segunda derecha con la carta que le dió Hortensia. En voz muy alta.) ¡Esta carta para el señor Tortosa!

FED. (Volviéndose maquinalmente.) Venga.

HORT. (Lanzando una exclamación de alegría.) ¡Ah!...

FED. (Reprimiéndose vivamente al ver á Hortensia, y dirigiéndose á ella.) Venga usted acá, señora, y *mírese* bien y con *mes atensión* la caja ósea de un servidor. (Le presenta la cabeza como para que se la examine.)

HORT. (¡Falló el golpe!) (Mirándole.) Sí, sí...

FED. (Con voz natural.) (¿Qué te habías creído?)

NIEVES (A Juana.) Póngala usted en el despacho. (Vase Juana por la primera derecha.)

HORT. (Espera un poco.) Querida Nieves, el señor Soler arde en deseos de hacerte una petición.

FED. (¡Te veo venir!)

NIEVES ¿Cuál?

HORT. El permiso...

FED. (Continuando.) ¡De esperar el regreso del *seu* marido! (Volviéndose á Hortensia.) ¿No era *eso*, señora?

HORT. Sí. (¡Es inexpugnable!)

FED. (¡Vuelve por otra!)

NIEVES Precisamente iba á rogarle á usted...

FED. *¡Ma noy!*... ¡Qué *coinsidensia!*... *¡Ma noy!*

CLARA Tengo curiosidad por ver á los dos juntos.

NIEVES ¡Y yo!

MAR. ¡Y yo!

HORT. ¡Y yo!

FED. Más que yo no, ¡caray!... Y como casualmente hoy no tengo cita con ninguna *dona*... (Reprimiéndose.) *¡Oi!*... dispensen... Los hombres solteros, ¡qué *diable!*...

NIEVES Sí, sí, ya sabemos. (Sonriendo.) ¿No almorzó usted hace mes y medio en Fornos... con una camarera?

FED. (Fingiendo sorpresa.) Del café del Rubí.

NIEVES Y á las quince días... un lunes... en los Viveros...

FED. ¡*Ma noy!*... Con una viuda filipina.

MAR. (¡Vaya un tío con suerte!... ¡Mecachis!)

FED. ¿Pero cómo sabe?... Dígame... ¿cómo sabe?...

NIEVES Siempre por causa del parecido. Cartas anónimas, en las que me avisaban caritativamente que mi esposo...

FED. ¿Y usted creería?... ¡Oh!... necesito presentar mis excusas al eminente inventor del calorífero Tortosa.

NIEVES ¡Ah! ¿Usted también conoce?...

FED. ¡Que *si eu conosco! ¡Ma noy!* Como que pienso comprarle uno.

NIEVES Entonces, mientras espera usted á mi marido, si quiere examinar los catálogos... (Llama al timbre.)

FED. Sí, que los miraré *de* gusto.

NIEVES Pasará usted al despacho de su secretario.

FED. Mil *grasias*.

ESCENA XVI

DICHOS y SATURNINO

NIEVES (A Saturnino, que entra por la segunda derecha.) Saturnino, acompañe al señor Soler al despacho de don Leonardo.

FED. (Saludando.) Hasta después.

SAT. (Abriendo la puerta primera derecha.) Por aquí, caballero.

FED. *Grasias, noy.* (En el dintel de la puerta dirigiéndose adentro.) ¿Se puede?... (Oyese dentro á Leonardo decir: «Don Federico.» Federico entrando seguido de Saturnino.) ¡No, no, caramba! ¡No es él! ¡Soy yo! Bienvenido Soler, viajante de la casa *Estruch y Rull, de Barselona; espesialidad* en peines, *calsetines,* betún y obleas... (Saturnino vase segundo derecha.)

NIEVES (Que los ha seguido hasta la puerta. Riendo.) También Leonardo le ha confundido.

CLARA ¡Es natural!

MAR. Voy á poner dos letras al ministro. (Vase por segunda izquierda.)

CLARA Y yo á echar un vistazo á la cocina. (Vase por segunda derecha.)

ESCENA XVII

NIEVES y HORTENSIA

HORT. (Después de mirar á todas partes y ver que están solas. Rápidamente.) Ven aquí... pronto... una señal cualquiera.

NIEVES ¿Una señal?

HORT. Sí. Un signo particular de tu marido... por ejemplo... un lunar... ¿no tiene ningún lunar?

NIEVES Sí... del tamaño de un guisante.

HORT. ¿Dónde le tiene? (Nieves va á contestar y de pronto se detiene confusa y baja tímidamente los ojos sonriendo.) Bueno... ¿no hay alguno en un sitio menos... vamos... más visible?

NIEVES No. (Hortensia hace un gesto de contrariedad.) Pero, ¿por qué me lo preguntas?

HORT. Pues porque creo que tu marido...

NIEVES ¡Cómo! ¿Aun sospechas después de haber visto á Soler?

HORT. ¿Y si fuera el mismo?

NIEVES ¿Supones que se habría atrevido á presentarse bajo el nombre?... ¡Estás loca!

HORT. No estoy loca. Confieso que al principio me desconcertó... pero después...

NIEVES Calla, tonta... hay que rendirse á la evidencia... existía Soler.

ESCENA XVIII

DICHOS, SATURNINO, en seguida SANCHIDRIÁN y RIGOBERTA

SAT. (Por la segunda derecha.) Pasen ustedes. (Entran Sanchidrián y Rigoberta.)

SANCH. Señorita Nieves... digo... señora...

NIEVES ¡Sanchidrián! (Se estrechan las manos.)

SANCH. (Presentando.) Mi sobrina Rigoberta, viuda de Pérez.

RIG. (Saludando.) Señora.

NIEVES (Presentando á su vez.) El Comandante Sanchidrián. La señora de Marianeda.

RIG. (Avanzando vivamente y mirando á Hortensia.) ¡Calla! Si no me equivoco..

HORT. (Sorprendida.) ¡Rigoberta!

RIG. ¡Hortensia! (Se besan.)

NIEVES ¡Ah!... ¿Se conocen ustedes?

HORT. Ya lo creo. Hemos estado juntas en Mondáriz tres temporadas.

NIEVES (A Sanchidrián.) ¿Ha visto usted á mamá?

SANCH. Hace un momento, y nos ha invitado á almorzar con ustedes.

NIEVES ¡Cuánto me alegro!

SANCH. Vaya. Dejo á ustedes un instante. Tengo que ir á una agencia...

NIEVES Que almorzamos á las doce.

SANCH. Seré puntual. (Viendo que Nieves se dispone á acompañarle.) No se moleste.

NIEVES ¡Sí, Comandante! ¡No faltaba más! (Vanse conversando por la segunda derecha.)

ESCENA XIX

HORTENSIA y RIGOBERTA

HORT. ¡Qué sorpresa!

RIG. ¿Conque tú casada?

HORT. Con un médico. ¿Y tú?

RIG. Viuda...

HORT. ¡Ay!... ¡Pobre!...

RIG. ¿Qué quieres? (Con pena.) Ahora me veo precisada á dar lecciones de piano.

HORT. ¡Vaya!... ¿Y tienes muchas discípulas?

RIG. Bastantes.

HORT. Pero como eres joven y bonita volverás á reincidir... te sonríes, ¿eh?... ¿Luego hay moros en la costa?

RIG. Sí... hay uno que me siguió en la calle... supo mi profesión... se presentó en casa... y hace seis meses que le doy lecciones de piano... Parece formal, dice que me quiere, que me adora... únicamente he notado que cuando durante la lección le hablo de matrimonio, empieza á equivocarse y á dar acordes disonantes.

HORT. ¡Malo!... desconfía. ¿Cómo se llama?

RIG. Soler.

HORT. ¿Eh?... ¿Soler?... ¿Bienvenido Soler?

RIG (Muy admirada.) Eso es... ¿Le conoces?

HORT. (Vivamente.) Espera. (Tomando el retrato de Federico, que está sobre la chimenea.) ¡Mira!

RIG. ¡El, sí. . él es!... Como no sea Tortosa...

HORT. ¡Ah!... ¿Tú sabes?

RIG. Verás. Un día recibí un anónimo así concebido: «Señorita: El señor Soler la engaña. Ayer lunes, á las tres de la tarde, estaba en la Moncloa con una camarera de café.»

HORT. ¡Lo mismo!

RIG. Poco después otro anónimo. «Señora, ¿está usted ciega? El señor Soler fué anoche á Eslava con una viuda filipina.»

HORT. ¿Y aquella noche?

RIG. Precisamente daba conmigo lección de piano.

HORT. Y es claro, tú te preguntarías lo que significaba una broma de tan mal género.

RIG. Sí. Hasta que un día llega Soler furioso...

HORT. Le preguntas...

RIG. Y me cuenta que en la calle de Fuencarral, un desconocido se para delante de él, y tocándole familiarmente en el hombro...

HORT. (¡Exacto!)

RIG. Le dice... ¿Cómo va, tunantón? «Perdone usted—contesta Soler—pero yo no le conozco...» ¡Qué guasón es este Tortosa, replica el otro. «Caballero, que yo no me llamo Tortosa...» Se dan mutuas explicaciones...

HORT. (Vivamente.) Y el señor Soler sabe con estupefacción que se parece de un modo asombroso, extraordinario, á un individuo llamado Tortosa, ¿no es verdad?

RIG. Justamente.

HORT. (Paseando agitada y gozosa por la escena) ¡Ya es mío! ¡Ya es mío! ¡Ya es mío! (Prestando atención hacia la puerta primera derecha, donde se oye ruido.) ¡Chist! Me parece que sale.

RIG. ¿Quién?

HORT. Ahora verás. Ocúltate.

ESCENA XX

DICHOS y FEDERICO

FED. *Grasias, senyor, no se incomodi.*
RIG. (Soler aquí.)
HORT. Señor Soler, ¿ha visto usted ya los catálogos?
FED. *Efectivament* señora. ¡Ah! *Ma noy.* En Tortosa es un *home llés*... amos listo.
HORT. Esa es mi opinión... *moll pillet*... según diría usted... pero como su ausencia podría prolongarse...
FED. ¿*Vosté* cree?...
HORT. Y como usted se impacientaría...
FED. ¡Quite usted, señora!
HORT. He rogado á una de mis mejores amigas que nos acompañe. Aquí la tiene usted.
FED. (Rigoberta... ¡Y en mi casa!)
RIG. (Sonriendo.) Buenos días, Bienvenido.
H. RT. (Con ironía.) Qué sorpresa, ¿eh?
FED. (Serenándose.) ¡*Emosionant!* ¡*ca!* ¡*Ma noy!*... ¡*emosionant!* ¡Estoy *mol* contento! ¡*Mol* contento! (Se enjuga la frente con el pañuelo.)

ESCENA XXI

DICHOS, NIEVES y CLARA

FED. (¡Anda! ¡Ahora va á ser ella!)
NIEVES Perdone usted, Rigoberta.
FED. (¡Se conocían!)
NIEVES (Presentando á Clara.) Mi madre.
RIG. (Saludando.) Señora...
HORT. Llegan ustedes oportunamente.
FED. (¡Audacia, Federico!)
HORT. Tengo una gran noticia que comunicarles.
CLARA ¿Cuál?
HORT. Rigoberta se casa de nuevo.
NIEVES ¿Con quién?
HORT. Con...
FED. (Adelantándose sonriente.) Conmigo: Con *en* Bienvenido Soler.

NIEVES } CLARA } ¿Con usted?

FED. Conmigo, *es clá,* conmigo, conmigo.

NIEVES Caramba, ¿y cuándo?

RIG. Aun no es oficial. El señor Soler esperaba la llegada de mi tío...

FED. Precisamente, la *arribada* de *en* tío.

HORT. Y como el Comandante Sanchidrián está ya en Madrid...

FED. (Sorprendido,) ¡Ah!... ¿está?... (¡Valor y adelante!) *Entonses,* corro al hotel á *coneixer* al tío de Rigoberta.

HORT. (Deteniéndole.) Es inútil.

CLARA Porque le esperamos á almorzar.

FED. (Asustado.) ¿Aquí? *¿An* aquí?

NIEVES ¡Si es íntimo amigo nuestro!

FED. (Dominándose con dificultad.) ¿El Comandante Sanchidrián... aquí? ¡Mil de...!

HORT. ¿Qué le pasa, señor Soler?

FED. (Tranquilizándose y sonriendo.) Nada... que sigo tan contento...

NIEVES Espero que nos acompañará usted á la mesa.

FED. (Excusándose.) Señora... yo...

TODAS (Las mujeres insistiendo y rodeándolo.) Vamos, señor Soler...

FED. Bueno, *amos, acepto.* Unicamente *demando* á *ustés permís* para ir á *cambiarme* de ropa.

HORT. (¡Eso sí que no!)

NIEVES Déjese usted de cumplidos.

FED. Vaya, que no me pongo yo en la mesa con esta facha...

NIEVES En fin, si se empeña usted...

HORT. (Furiosa.) (¿A que le deja?)

FED. (Da un suspiro de satisfacción.) Señoras. (Saludando.) A las *seus ordes. Torno de seguida.*

HORT. (¡A esa Nieves la estrangulaba!) (Federico hace medio mutis. De pronto, y en el mismo momento de ir á salir, lanza un grito y queda inmóvil.)

FED. ¡Ay!

TODAS (Volviéndose asustadas.) ¡Eh!

FED. (Queriendo andar sin conseguirlo.) ¡Ay!

CLARA ¿Qué es eso? (Acercándose.)

RIG. (Idem.) ¿Qué le pasa á usted, Bienvenido?

FED. No sé... ¡Ay!... en la *cama*... vamos... ¡Ay! (Tocándose la pierna derecha.) ¡Un dolor á la pantorrilla!... ¡Ay!... No puedo marchar.

CLARA — Una silla.

TODAS — Sí. (*Toman corriendo una silla cada una, y le presentan las cuatro.*)

HORT. — Una silla... (¡Qué gusto!) pero no una sillería... (*Le sientan en una silla.*)

CLARA — (*Llamando á la segunda izquierda.*) ¡Doctor, doctor!

FED. — ¡Ay!... (¡En qué ocasión!)

CLARA — (*Viendo entrar á Marianeda.*) Venga usted, venga usted.

ESCENA XXII

DICHOS y MARIANEDA

MAR. — ¿Qué pasa?

NIEVES — Al señor Soler le acaba de dar un dolor repentino.

MAR. — (*Acercándose.*) A ver, á ver, ¿en dónde?

FED. — A la pantorrilla.

MAR. — (*Tocándole.*) ¿Siente usted algo aquí?

FED. — No.

MAR. — ¿Y aquí?

FED. — ¡Ay, ay, ay!

MAR. — (*Incorporándose.*) Ya sé lo que es.

RIG., NIEVES, CLARA — ¿Qué es?

MAR. — Es un dolor.

CLARA — ¡Toma!

RIG. — Bien, pero...

MAR. — ¡Calma!... Es un dolor causado por un mal paso... Lo que llamamos los prácticos *esguince*. Hay que acostarle.

FED. — (*Con energía.*) ¡No!

MAR. — Sí. Y ponerle un sinapismo.

CLARA — Vamos á prepararlo. Ayúdenme ustedes. (*Vanse Clara, Nieves y Rigoberta por segunda derecha.*)

MAR. — (*Reconociéndole.*) Voy á ver si la columna vertebral...

HORT. — Le quitaremos el chaquet.

FED. — (*Defendiéndose.*) Señora...

HORT. — ¡Quieto! (*A pesar de sus protestas le quitan el chaquet.*)

FED. (¡Maldita mujer!... ¡qué situación!)

HORT. (¡Ahora no te vale para salir de aquí, ni la Bula de Meco!) (Vase por la segunda izquierda llevándose el chaquet y registrando los bolsillos.)

ESCENA XXIII

MARIANEDA y FEDERICO. Luego SATURNINO

MAR. (A Federico.) Mañana, con un buen vomitivo...

FED. (Después de haberse cerciorado de que están solos.) ¡Idiota!... ¡Burro de carga!...

MAR. (Pasmado.) ¿Eh?

FED. ¡Estúpido!

MAR. Señor Soler.

FED. (Que ha recobrado su voz natural.) Pero, hombre, ¿estás en Babia?

MAR. Ah... esa voz... (Comprendiendo todo y admirado.) ¡Federico!... (Se precipita sobre él, le coge la cabeza entre las manos y le examina el cráneo con interés.)

FED. ¡Gracias á Dios! ¡Sí, Federico!

MAR. ¡¡Federico!! ¡Luego Soler es Tortosa, y Tortosa es Soler!... (Como iluminado por una idea y dándose un golpe en la frente.) ¡Tu estratajema!

FED. Sí, pero fracasada... Leopoldo, las nubes se amontonan sobre mi cabeza. Si no quieres que cometa un crimen, ayúdame á salir de aquí.

MAR. ¿Pero cómo? ¿No comprendes que aunque Soler se fuera, Tortosa volvería cojeando y todos comprenderían?...

FED. Es verdad. (Tocándose la pierna.) Aunque no... mira, mira... (Se levanta.) ya se me va pasando... casi no me duele... ya puedo andar... (Anda con algún trabajo.) dame tu levita.

MAR. Hombre, ¿y yo?

FED. Pues pídele á tu mujer...

MAR. ¿El chaquet? Ya no le suelta. Quiere, por lo visto, detenerte. ¿Pero tú no tienes aquí ropa?

FED. Las llaves de todo están en poder de Nieves.

MAR. ¡Esta vez te han pescado!

FED. Todavía no. (Como asaltado por una idea.) Toma esta llave. (Sacando una del bolsillo.) Vete corriendo al callejón que hay aquí al lado,

número tres, segundo. Es el cuarto que tengo alquilado con el nombre de Soler. Encontrarás en la alcoba el traje que yo llevaba al salir de aquí esta mañana. Me lo traes todo.

MAR. ¿Y si mi mujer me ve salir y pregunta?...

FED. Le dices que vas á la botica y que me dejen dormir tranquilo hasta tu vuelta.

MAR. Bueno, mira, abrígate con este tapete mientras vienen, que te vas á constipar. (Toma el tapete de un velador y se lo ofrece á Federico.)

FED. Trae. (Se pone sobre los hombros el tapete y se sienta en una de las butacas.)

MAR. (Escuchando en la segunda derecha.) ¡Cuidado... que viene alguien... aparenta dormir!

SAT. (Entrando. A Marianeda.) Vengo á ayudarle para que acostemos al señor.

MAR. (Indicando á Federico que aparenta dormir.) ¡Chist! Déjenle dormir... Yo voy al callejón... (Federico le da un tirón de la levita.) digo, á la botica. No le despierten, que está muy mal. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA XXIV

FEDERICO, SATURNINO. Después CLARA. Luego NIEVES, y en seguida LEONARDO

SAT. (Mirando á Federico.) ¡Pero cómo se parece al amo! ¡Ni gemelos!

CLARA (Por segunda derecha.) Ah... ¿se ha dormido?

SAT. Sí, mi coronela. El doctor que acaba de ir á la botica, dijo que no le despierten hasta que vuelva él.

CLARA ¿Has registrado ya la ropa de mi yerno?

FED. (¿Qué?)

SAT. Sí, mi coronela.

FED. (¡Registran mi ropa!)

CLARA ¿Y no había nada?

SAT. Nada.

CLARA ¡Pobre de él como yo le descubra lo que sospecho! Anda, vamos á sacar la vajilla de plata. (Vanse por segunda izquierda.)

NIEVES (Por segunda derecha, acercándose á Federico.) ¡Po-

bre Soler! (Aparece Leonardo por la primera derecha.) (¡Leonardo!) (Federico los observa.)

LEON. Nieves. ¿Está usted sola?

NIEVES ¡Chist! El señor Soler descansa. Mírele usted bien ahora. ¿Verdad que es la misma cara de mi esposo?

LEON. (Mirando á Federico.) ¡Tan feo y tan antipático como él!

FED. (¡Canastos!)

NIEVES (Ofendida.) ¡Don Leonardo!

LEON. (Con lirismo.) ¡Ah, Nieves! ¡Aurea y alabastrina Nieves! ¡Si usted supiera cuán feo y cuán repulsivo se encuentra al esposo de la mujer amada!

FED. (Estupefacto.) (¿Qué?)

NIEVES Don Leonardo, le prohibo á usted que me hable así.

LEON. ¡La adoro á usted... la idolatro! (Trata de cogerla una mano. Federico se mueve convulsivamente en la butaca, conteniéndose á duras penas.)

NIEVES Basta. Déjeme. Soy una mujer honrada.

LEON. Pues miel sobre hojuelas.

FED. (¡Canalla!)

LEON. ¡Ah... no! La hora de las vacilaciones ha transcurrido. Escúcheme; esta tarde, á las siete, detrás del Ministerio de Fomento, la esperaré en un carruaje... un simón, como el de nuestro último paseo.

FED. (¡Se han paseado!)

NIEVES ¡Nunca! No espere usted...

LEON. (Queriendo abrazar á Nieves.) ¡Si es que te amo! ¡si es que te adoro! ¿Entiendes? (Federico salta de su butaca para precipitarse sobre los dos. Al levantarse empuja la butaca, que cae al suelo. Nieves y Leonardo se vuelven al oir el ruido y lanzan un grito de sorpresa, viendo en pie á Federico.)

NIEVES } (A un tiempo.) { ¡Se despertó.
LEON. } { ¡Cuerno!

(Vase corriendo Nieves por la primera izquierda.)

FED. (Mirando á Leonardo.) (¡Y no poderle ahogar sin descubrirme!)

LEON. (Abotonándose la levita con aire de matón y avanzando hacia Federico, hasta hablarle en su misma cara.) Caballero. Oiga usted bien, y hágase cargo de mis palabras. (Con brio.) Si tiene usted la desgracia de contar algo de lo que ha visto

al señor Tortosa, le mato á usted como á un perro.

FED. (Con acento catalán.) ¿Como á un *gos?*

LEON. ¡Como á un perro! (Saliendo por la primera derecha.) (No dirá nada.) (Vase.)

ESCENA XXV

FEDERICO. En seguida MARIANEDA

FED. (Cruzándose de brazos.) ¿De modo que esto es lo que pasa en mi casa?

MAR. (Entrando muy sofocado por la segunda derecha con un paquete bajo el brazo.) ¡Aquí estoy!

FED. ¡Por fin!

MAR. (Cayendo rendido en una silla, soplando y abanicándose.) ¿Sabes que ha ardido tu cuarto del callejón?

FED. (Cayendo abrumado sobre otra silla.) ¡Ardido!

MAR. Sí. El inquilino de debajo tenía un calorífero Tortosa que ha incendiado el techo.

FED. (Aterrado.) ¡Y ha sido mi propio calorífero!

MAR. Cuando llegué lo estaban apagando.

FED. Pero, ¿y mi ropa?

MAR. Prometí cien pesetas de recompensa á los bomberos si subían á buscarla. (Mostrando el paquete.) Y aquí está.

FED. ¡Ah... respiro! (Toma el paquete.)

MAR. Desde aquí se verá el humo. (Abre el balcón y mira á la calle.)

FED. Ahora necesito deshacerme de Rigoberta, ¿pero cómo?... ¿cómo?

MAR. (Lanzando una exclamación.) Miss Arabella... asomada al balcón...

FED. (Miss Arabella... sí... es el mejor medio.)

MAR. Anda... ¡me saluda! Pues contéstala. (Se pone á saludarla y á hacer señas.)

FED. Disfrazando mi letra. (Se sienta ante el velador y se pone á escribir.) «Adorado Bienvenido...»

MAR. Me parece que me ha guiñado el ojo izquierdo... (Sonríe y sigue haciendo gestos.) «Tuyo siempre mi corazón, mi alma, mi vida...» (Firma y dobla la carta.) Ya está. ¡Leopoldo!

MAR. (Acercándose) ¿Qué quieres?

FED. Mira. Yo pongo aquí esta carta. (La deja en

el suelo en el centro de la escena.) Ahora tú sales al pasillo y gritas: «Vengan ustedes... ¡que se ha escapado Soler!» Acudirán todos... Les dices que me he marchado á pesar de tu oposición, habiéndoseme caído esta carta del bolsillo.

MAR. No comprendo.

FED. Vamos... ¿gritas ó no?

MAR. Bueno. (En el dintel de la segunda derecha.) ¡Vengan ustedes! ¡vengan ustedes! ¡Se ha escapado Soler!

FED. Ahora, Dios sobre todo. (Se mete en el mirador con el tapete y el paquete, y cierra.) (1)

MAR. ¡Nieves! .. ¡Doña Clara!... Que se ha salido esca... (Rectificando.) ¡Que se ha escapado Soler! (Volviéndose á la escena.) Te aseguro que no comprendo... ¡uy! ¡Se ha evaporado!... ¡Este hombre es hasta espiritista!... (Volviendo á la segunda derecha.) ¡Soooler escapado!...

ESCENA XXVI

FEDERICO (oculto), MARIANEDA, HORTENSIA, RIGOBERTA y JUANA

RIG. ¿Qué pasa?

MAR. Soler se acaba de marchar.

HORT. ¿En mangas de camisa?

MAR. No. (¿Qué digo yo?) Con mi capa.

HORT. (Furiosa.) ¿Y tú le has dejado irse?

MAR. Como se sentía mejor, aunque quise detenerle... luchamos... pero... mire... Esta carta se le ha caído del bolsillo en la refriega.

HORT. (Cogiéndola con ansiedad.) ¿A ver? (La coge y lee.)

MAR. (Mirando hacia el mirador.) ¡Vaya si me guiñó el ojo! Mi mujer sólo se ocupa de Federico... ¡Qué ocasión tan propicia! ¡Ahora ó nunca! Yo voy á su casa... ¡Valor!... como dice Federico. *Audaces fortuna juvat.* (Vase deprisa, sin ser visto por la segunda derecha.)

RIG. ¿Qué dice?

HORT. (Leyendo.) «Adorado Bienvenido. No olvides que te espero el lunes 14 á las doce en pun-

---

(1) Puede el actor pasar al interior del foro para vestirse

to. Me estremezco al pensar que voy á verte á mi lado. Tuyo es mi corazón, mi alma, mi vida. Miss Arabella.»

JUANA ¡Calla... la vecina!

HORT. ¿Dónde vive?

JUANA (Indicando.) Aquí enfrente. En el doce.

RIG. ¡Miserable! ¡Tenía otra! (Mira al reloj.)

HORT. Ha ido á su casa.

RIG. (Furiosa y arrebatando la carta á Hortensia.) ¡Dame ese papel, voy á arrojárselo á la cara ahora mismo!

HORT. Sí, vamos. Te acompaño. Juana, nuestros sombreros. En seguida. (Vase Juana, segunda izquierda.)

RIG. ¡Bribón!... ¡Por eso se equivocaba al hablarle de matrimonio!

HORT. No, no era por eso. Ya es hora de que lo sepas. ¡Soler está casado!

RIG. ¿Casado?...

HORT. Además, Soler y Tortosa son uno mismo. (Sale Juana con los sombreros.) Es necesario desenmascararle.

RIC. ¿Y cómo?

HORT. Ya lo verás. Por de pronto evitemos que se escape. ¡Ah, señor Tortosa! Le perseguiré en sus madrigueras, y no me separaré de usted hasta que logre aplastarle y confundirle. ¿Vamos?

RIG. Vamos. (Vanse seguidas de Juana, por la segunda derecha.)

ESCENA XXVII

FEDERICO, solo. Después, SATURNINO. Pequeña pausa. Se abren las vidrieras del mirador y Federico asoma la cabeza

FED. ¡Se han ido!... ¡Gracias á Dios!... (Sale del mirador y vuelve á cerrar. Lleva puesto el traje del primer acto, pero la ropa se encuentra en un estado lamentable. El faldón derecho de la levita está quemado, faltando trozos de tela y viéndose los forros en algunos puntos. Lo mismo ocurre en el chaleco y en una pierna del pantalón, así como en la parte trasera del mismo, viéndosele los forros cuando se vuelve. Si el actor no tuviese tiempo de ponerse todas las preu-

das mientras se supone estar en el mirador, puede al salir á escena acabar de vestirse, poniéndose en ella el cuello de la camisa, la corbata, etc. Pero las prendas quemadas deberá sacarlas ya puestas.) Entre los tiestos y las cortinas, creo que no me habrán visto los transeuntes. (Viendo el estado del traje.) ¡Hombre!... ¿Cómo ha sido esto? ¡El pantalón quemado! ¡la levita con un faldón de menos! ¡Pobres víctimas de mi calorífero! (Aparece Saturnino por la segunda izquierda con rabia.) ¡Ah .. Saturnino!

SAT. ¡El amo! (Le mira sorprendido al verle el traje.)

FED. Dile á don Leonardo que deseo hablarle.

SAT. Está bien. (Se dirige á la primera derecha)

FED. En seguida recoges tus bártulos.

SAT. ¿Mis bártulos?

FED. Y si dentro de una hora no estás en la calle, te tiro por el balcón.

SAT Pero, señor, ¿yo qué he hecho?...

FED. ¡Largo! pero pronto, ¡largo de aquí!

SAT. Bueno, bueno. (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XXVIII

FEDERICO. Luego LEONARDO. Después CLARA

LEON. (Saliendo seguido de Saturnino, que se va por segunda derecha.) ¿Me llama usted?

FED. Vaya usted á la Caja.

LEON. (¡El ascenso!) Lleva usted un poco descosido el traje.

FED. Y dígale al cajero que liquide su cuenta con usted.

LEON. (Asombrado.) ¿Cómo?

FED. Usted no tiene sentido común, y sus versos son estúpidos.

LEON. Ese calificativo... caballero.

FED. Ese calificativo se lo explicaré á usted á las siete, en un simón, detrás del Ministerio de Fomento.

LEON. (Desconcertado.) ¡Oh!

FED. (Hablándole en la misma cara.) ¿Oye usted?

LEON. (¡Soler me ha hecho traición!)... Basta, señor mío. Hablaremos de esto cuando yo ha-

ya matado á Soler. (Vase con arrogancia por la segnnda derecha.)

FED. Pues voy á esperar sentado.

CLARA (Por la segunda izquierda.) ¡Mi yerno!... (Se sonríe.) ¡Ay, qué traje!...

FED. (Con voz tonante.) ¡Coronela Vizcarrondo!... ¡Es usted una arpía, una bruja, una pantera!... (Avanzando amenazador hacia ella.)

CLARA ¿Eh?

FED. ¡Fuera de aquí!

CLARA ¡Ay!... ¡Se ha vuelto loco! .. ¡Nieves! ¡Saturnino! (Vase corriendo por la segunda izquierda.)

ESCENA XXIX

FEDERICO. Despues MARIANEDA. Luego HORTENSIA

MAR. (Entra por la segunda derecha como una bomba, el aspecto extraviado, sin sombrero, la corbata deshecha, y el pelo en desorden.) ¡Me pescó!

FED. ¡Leopoldo! ¿Qué es eso?

MAR. (Cayendo abrumado en una silla.) ¡Nunca podré echar una canita al aire... nunca!

FED. ¿De dónde vienes?

MAR. Apenas llegué á casa de miss Arabella...

FED. (Con asombro.) ¿Pero has ido?...

MAR. Sí. Estábamos hablando en el recibimiento, cuando de pronto un campanillazo y ¡zás! mi mujer.

HORT. (Dentro.) ¡Leopoldo! ¿dónde está?

MAR. (Aterrado, dando un salto.) ¡Me ha seguido! (Entra Hortensia por segunda derecha, con el sombrero de Marianeda en la mano. Marianeda da un grito y vase corriendo por la segunda izquierda.)

HORT. (A Federico.) ¡Ah!... ¿Usted?... ¡Ya nos veremos!... (Precipitándose en persecución de Marianeda.) ¡Pillo!... ¡Tunante!... (Vase segunda izquierda.)

ESCENA XXX

FEDERICO y NIEVES, después CLARA

NIEVES (Por primera izquierda.) ¿Qué gritos son esos?

FED. ¡Mi mujer! (Cogiéndola por un brazo.) Escuche usted, señora.

NIEVES ¡Federico!

FED. Al entrar, hace un momento, me he cruzado en la escalera con el señor Soler, (Con voz terrible.) el cual me ha impuesto de lo que ocurre entre usted y mi secretario.

NIEVES (Aterrada.) ¡Dios mío!... ¿Te ha dicho?...

FED. Todo... todo... ¡Infame!

NIEVES ¡Te juro que no soy culpable!... Si no te lo dije, fué porque creí que tú me engañabas.

FED. ¿Yo?... ¿yo?... (Con un gesto trágico.) ¡Ah! ¡Sea usted un hombre morigerado... un marido modelo, que desde que se casó no tiene que arrepentirse de nada!... ¡de nada!... de nada! (Indicando su ropa.) Vaya usted á instalar caloríferos á riesgo de quemarse .. de achicharrarme... para saber por un extraño que su mujer se pasea en simón con don Leonardo.

NIEVES ¡Federico... perdóname!

FED. ¡De rodillas!

NIEVES Sí.

FED. Júrame que no volverás á sospechar de mí.

NIEVES Te lo juro.

FED. ¿Reconoces que soy el marido más fiel?

NIEVES Lo reconozco.

FED. (Algo se pesca. Esto marcha.)

CLARA (Segunda izquierda.) ¿Mi hija á los pies de...? (Nieves se levanta.)

ESCENA XXXI

DICHOS y SANCHIDRIÁN. Después MARIANEDA y HORTENSIA

SANCH. (Por la segunda derecha.) ¡Al fin!... ¡al fin! .. ¡ya le tengo!... (Encarándose con Clara.) He estado en la Agencia y me han dicho el nombre del que me cruzó la cara... (Volviéndose á los otros personajes.) ¿Saben ustedes?

NIEVES Señor Sanchidrián...

FED. (¡Diablo... el tío de Rigoberta!...)

SANCH. (Muy excitado, á Nieves.) ¡Necesito su piel! (A Federico.) Le voy á arrancar la piel... ¡ah!... ¿este señor?...

FED. (Vivamente.) Le advierto á usted que yo no soy Soler, ¿eh?... soy Tortosa.

SANCH. (Dando un salto.) ¿Tortosa? ¿Federico Tortosa?

FED. El mismo.

SANCH. ¡Ah!... ¿Conque tú eres Tortosa? (Le suelta una bofetada.)

NIEVES ¡Comandante! (Clara sujeta á Sanchidrián y Nieves á Federico.)

SANCH. (A Clara.) ¿Pero no comprende usted que éste es el hombre? .. (A Federico.) ¡Ah!... ¿eras tú quién me la pegaba con Lucrecia?

NIEVES ¿Con Lucrecia?

CLARA (A Sanchidrián.) ¡Calma!

FED. (¿Para cuándo son los rayos?...)

NIEVES ¡Era mi marido!

CLARA ¡Era mi yerno!

SANCH. (Soltándose de los brazos de Clara.) Ahora voy á buscar á Soler para que me sirva de testigo. (Se dirige á coger su teresiana, que dejó en una silla. En el mismo momento aparece por la segunda izquierda Marianeda corriendo desatinado y seguido de Hortensia, que blande su bastón y su sombrero.)

MAR. ¡Socorro!

HORT. ¡Mujeriego!... ¡Calavera! .. ¡Impúdico!... (Marianeda se deja caer sobre una butaca. Sanchidrián contiene á Hortensia. Nieves sujeta á su marido. Clara, cruzada de brazos, contempla la escena. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA PRIMERA

FEDERICO, MARIANEDA. Después SATURNINO. Al levantarse el telón, la escena se halla medio á obscuras. Las maderas del mirador están cerradas, así como las puertas. Federico duerme profundamente, sentado en una butaca con los pies puestos sobre una silla. Marianeda está acostado sobre un sofá. Federico ronca estrepitosamente. Marianeda se agita sobresaltado y molesto por los ronquidos de Federico; durante algún tiempo silba y castañetea la lengua como si azuzara un caballo

MAR. (Incorporándose.) Dicen que así se callan, pero ¡quiá! es inútil. Toda la noche roncando de esa manera... Hace más ruido que un automóvil... ¡Me crispa los nervios!... (Llamándole.) ¡Federico!... ¡eh!... (Llamándole.) ¡Federico!... (Federico lanza un ronquido más fuerte como el que se va á despertar.) ¿No podrías roncar con un poquito más de consideración? ¡Qué vas á enfermar de los bronquios! ¡Federico!

FED. ¿Eh?... ¿qué?.. (Bostezando.) ¡Caramba! ¡Qué bien he dormido!...

MAR. (Con envidia y asombrado.) ¿Pues no dice que ha dormido?... ¿has logrado dormir?... ¡Hombre, se necesita frescura y despreocupación! ¡Después que nuestras mujeres nos han dado en las narices con las puertas de sus respectivas alcobas!...

FED. (Desperazándose.) Esa no es una razón para no dormir. Todo lo contrario. ¿Y tú? ¿No has dormido nada?...

MAR. Apenas he podido dar algunas cabezaditas. ¡Y qué cosas he soñado! ¡Vaya una pesadilla! Miss Arabella se me apareció vestida de gasa... pero con muy poca gasa...

FED. ¿A eso lo llamas una pesadilla?... si acaso una *ligerilla*.

MAR. De ropa. Tienes razón. Pues verás. Iba á acercarme á la Miss, cuando siento que me tiran de los pies.

FED. (Sonriendo.) ¿Y era Hortensia?

MAR. Sí. Mi mujer... Tiraba... tiraba y mis piernas se alargaban... como telescopios... hasta que los pies desaparecieron en el horizonte.

FED. (Riendo.) ¡Qué infelizote eres, Marianeda! Oye, á todo esto, ¿qué hora será? (Marianeda se levanta y va á abrir el mirador. Día completo en la escena.)

MAR. (Mirando el reloj.) Las diez. (Volviendo al proscenio.) Y no te puedes figurar lo desagradable que resulta, el ver cómo desaparecen los pies de uno en el horizonte. Yo pensaba en sueños: «Lo que es si no se me alargan también los brazos, ¿cómo me voy á arreglar luego para ponerme las botas?»

FED. Mira, puesto que estás cerca del timbre, ¿quieres llamar para que venga Juana?

MAR. Sí. (Llama.) ¡Mecachis! ¡Cómo me duele la cabeza!

FED. ¿De modo que las diez? Sanchidrián ha debido recibir indudablemente...

SAT. (Entrando por la segunda derecha sin ver á Federico y dirigiéndose á Marianeda.) ¿Llama el señor Doctor?

MAR. Sí, Saturnino; pero es por encargo de tu amo. (Indicando á Federico.)

FED. (Asombrado.) (¿Cómo?... ¡Saturnino!...)

SAT. (¡Ah, estaba el señor!...)

FED. (¿Todavía no se ha marchado?...)

SAT. (La coronela me ha dicho: Si mi yerno te dirige la palabra...)

FED. Escucha, Saturnino.

SAT. (... encógete de hombros y vete sin contestar.)

FED. Te dije ayer que no quiero verte más en esta casa. ¿Cómo estás aún aquí?... (Saturnino, sin contestar, se encoge de hombros y vase desdeñosamente por la segunda derecha.—Furioso.) ¿Habráse visto descaro? ¿Pues no se va sin...? (Quiere precipitarse sobre Saturnino, pero Marianeda se lo impide.)

ESCENA II

DICHOS. Después JUANA

MAR. ¡Calma, Federico! ¿No comprendes que ya no tienes autoridad para reprender ni aun á los criados? ¡En bonita situación estás! ¡Puedes echar broncas!

FED. ¿En qué situación?

MAR. En la misma que yo por el pronto. ¡No es muy divertida que digamos!

FED. Vaya, lo de siempre. Tú me supones perdido, desconcertado, pulverizado, ¿no es verdad? ¡Ah, Marianeda! ¿Cuándo conocerás á Tortosa? *Fluctuart nec mergitur.*

MAR. Sí, sí, vente con latines... eso querrá decir que vacilas, pero no caes, ¿eh?

FED. Aproximadamente.

MAR. Bueno; pues yo te pregunto también en latln: *¿Y Lucrecia Leganitorum? ¿y Sanchidrianis comandantorum?*

FED. ¡Qué niño eres! ¿Sanchidrián, dices? No me preocupa.

JUANA (Por la segunda derecha.) ¿Llamaban los señoritos?

FED. Sí. Escucha. ¿No ha venido aún el comandante Sanchidrián?

JUANA No, señor.

FED. Está bien. Así que llegue me avisas.

JUANA Bueno, señorito. (Vase segunda derecha.)

MAR. Pero... pero, vamos á ver. ¿Tú esperas á Sanchidrián?... ¿querrás decir á sus testigos?

FED. Nada de testigos. Le espero á él para recibir sus excusas.

MAR. (Asombrado.) ¿Sus excusas?

FED. Sí, Leopoldo, sí, sus excusas. Dentro de una

media hora... pongamos tres cuartos de hora á lo sumo, el comandante Sanchidrián vendrá aquí á disculparse por haberme abofeteado, por haberme acusado injustamente, y mi mujer se arrodillará arrepentida ante mí por segunda vez.

MAR. (Aturdido.) ¿Es decir... es decir que ya has encontrado algún medio ingenioso para salir de este apuro tan grande?

FED. Sí.

MAR. (Con admiración.) ¡Eres monumental! ¡Eres imponente! ¡Si en vez de hombre llegas á nacer sustancia química, serías inatacable por los ácidos!

FED. ¿Te figuras quizás que después de la escena de ayer, cuando Nieves se encerró en su habitación sin querer recibir explicaciones?...

MAR. Lo mismo que mi mujer. Se negó á escucharme *herméticamente.*

FED. ¿Yo me estuve con los brazos cruzados como tú, lamentando mi mala suerte? ¡Qué tontuna! Eso es bueno para un tímido é inocente Marianeda, pero no para un maquiavélico Tortosa. (Con fatuidad.) El pararrayos está dispuesto, y puedo burlarme impunemente de la tormenta.

MAR. Dime, ¿cuál es el pararrayos de que dispones ahora?

FED. ¡Ah!... he tenido que cortar por lo sano. A grandes males grandes remedios.

MAR. Bueno, ¿y yo?

FED. ¿Tú?

MAR. Naturalmente. ¿Es que no has pensado más que en salvarte tú? ¿Me vas á dejar en el atolladero en que me has metido?

FED. ¿Cómo que yo te he metido?

MAR. Claro está. ¿No fué por causa de tu maldita carta?

FED. (Interrumpiéndole.) No, no, perdona. ¿He sido yo quien te ha aconsejado visitar á la inglesa?

MAR. (Suplicante.) Federico... magnánimo Federico... caritativo Federico... filantrópico Federico, piensa en que la parte de tormenta que me corresponde, me coge sin un mal paraguas. Tú tienes un pararrayos, ¿no podrías

colocar otro para mí? Aunque sea pequeño... un pararrayitos.

FED. Eso es muy cómodo. Caliéntate los cascos. Busca tú como hice yo. Pero no, en vez de buscar...

MAR. (Protestando.) Ah... ¿crees que no he buscado? Pues te equivocas. Mientras tú roncabas anoche, ¿sabes lo que yo hacía? (Con arrogancia.) Maullar como los gatos á la puerta de la alcoba de mi mujer. (Imita el maullido del gato.)

FED. (Asombrado.) ¿Maullar? ¿Para qué?

MAR. Porque yo pensaba: creerá que es el gato, abrirá, y cuando me vea de rodillas, arrepentido y con una vela en la mano, me perdonará. He maullado divinamente durante una hora.

FED. ¡Me inspiras lástima! ¡De rodillas! ¡Arrepentido! ¡Eso no se hace nunca! ¡Eso no se confiesa jamás!

MAR. ¡Pero si me pescó! ¿Cómo quieres que justifique mi presencia en casa?...

FED. ¿De Miss Arabella? ¡Qué candoroso! Puesto que todo el mundo supone que yo fuí á su casa, tú puedes haber ido corriendo detrás de mí, es decir, detrás de Soler.

MAR. (Admirado del razonamiento) ¡Ah! ¡Comprendo... comprendo!

FED. Le dices á tu mujer: (Representando la escena.) ¿Qué hacía yo en casa de esa *equívoca* señora? ¿Olvidas, querida Hortensia, que me diste el encargo de vigilar al señor Soler? Había logrado escapárseme. Corrí en su persecución...

MAR. (Representando tambien) Le seguí hasta la casa...

FED. (Idem.) Pero tú entraste como una furia.

MAR. (Idem.) Y para evitar un escándalo...

FED. Eso es. Y tú alzas el gallo y te incomodas. En caso necesario no te importe romper alguna cosa que tengas á tu alcance.

MAR. Sí, sí... Descuida, romperé algo... Afortunadamente estoy en tu casa.

FED. Sí. (Rectificando.) Digo, no... eso cuando regreséis á Calahorra.

MAR. ¡Parece mentira que á mí no se me haya ocurrido una cosa tan sencilla!

JUANA (Entrando por segunda derecha. A Federico.) ¡Señorito!

FED. (Con viveza.) ¿Es el comandante Sanchidrián?

JUANA No. Es el peluquero.

FED. Allá voy. (Vase Juana segunda derecha.) ¡Ten aplomo, Marianeda! ¡Imítame, caramba! ¿Crees que aunque ruja la tormenta yo me asusto? Nada de eso. Ya lo ves. Voy á embellecerme. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA III

MARIANEDA. Después HORTENSIA. Luego SATURNINO

MAR. ¡Cada vez le encuentro más admirable! ¡Si éste se hubiera casado con mi mujer, no estaría yo tan sujeto! ¡Qué pronto se le ha ocurrido! ¡Y la cosa es muy verosímil! (Representando la escéna.) ¿Lo que yo hacía en casa de esa *equívoca* señora? (Aparece Hortensia por la segunda izquierda. Avanza un poco, deteniéndose al ver gesticular á Marianeda. Este continúa sin verla.) ¿Olvidas, querida Hortensia, que me diste el encargo de vigilar al señor Soler? Había logrado escapárseme... (Continúa gesticulando algunos instantes, y en un momento dado, se vuelve al hacer un movimiento, encontrándose cara á cara con su mujer. Lanzando un grito.) ¡Ah!... (Algo desconcertado.) ¿Estabas ahí?

HORT. Ya lo ves.

MAR. ¿Qué tal has dormido?

HORT. (Con mucha calma. Toda la noche de un tirón.

MAR. (De un tirón... de mis piernas.) (Como quien toma una resolucion.) ¡Señora!...

HORT. (Deteniéndole con el gesto.) Silencio. Es inútil. Nada de explicaciones. Ni las pido ni las quiero.

MAR. Pero mujer, escucha...

HORT. (Siempre muy tranquila.) Esta misma noche regresaremos á Calahorra, y mandaré que te pongan una cama en tu laboratorio. (Gesto de Marianeda.) De hoy en adelante dormirás allí.

MAR. ¡Caracoles!... ¿dormir con los microbios hasta el fin de mi vida?... ¡pues me voy á divertir!

HORT. No pretenderás que después de lo ocurrido...

MAR. (Levantando la voz.) ¿Lo ocurrido? ¿Y qué significa lo ocurrido?... ¿Eres capaz de suponer que si yo estaba en el domicilio de la inglesa?...

HORT. (Que se había distraído.) ¿Qué dices?

MAR. (Me parece que no lo tomo con bastante calor. Y además no empezaba así.)

HORT. ¿Qué dices, hombre?

MAR. (Distraído.) Que no empezaba así... digo, no... (Alzando más la voz.) ¿Lo que yo hacía en casa de esa *equívoca* señora?

HORT. (¡Qué gritos!... ¡qué ademanes!...)

MAR. (Ahora estoy á tono... ahora estoy dignísimo.)

HORT. (Se ve la mano de Tortosa.)

MAR. (Continuando.) ¿Lo que yo hacía, eh? Olvidas indudablemente que me diste el encargo de vigilar al señor Soler. Había logrado escapárseme... corrí en su persecución... le seguí hasta la casa para restituírosle... (Ella le mira sonriendo.) Sí, para restituírosle... como el hijo pródigo (esta frase es mía).

HORT. (Es incapaz de inventar esto él solo.)

MAR. Pero tú entraste como una furia... (Gritando mucho.) Sí... como una furia... (Coge una de las copas que están sobre el velador y la estrella con furia contra el suelo. Hortensia al verlo, hace un ademán como para impedirlo, pero Marianeda, sin gritar y en tono natural añade.) No, tonta, esto no tiene importancia. Federico me ha autorizado... (Reanudando la escena.) Pues sí. (Gritando.) ¡Como una furia!... Entonces, para evitar un escándalo, yo hice ademán de huir...

HORT. (Fingiendo asombro.) ¿Será posible?

MAR. (Con satisfacción.) (¡Se la tragó!... Pondré algo de mi cosecha.) ¡Así me pagas la lucha que sostuve!

HORT. ¿Con quién?

MAR. Toma... con Soler.

HORT. ¡Ah! ¿Pero.. habías visto á Soler?

MAR. Como te veo á ti. Exactamente igual.

HORT. ¿En casa de la inglesa?

MAR. ¡Es claro! ¡Hace una hora que te lo estoy diciendo!... (¿A que me hago un lío por añadir de mi cosecha?) Quise llevármele á viva

fuerza... Nos agarramos... ¡Aquello fué terrible!... Pero yo me porté divinamente.

HORT. ¿Sí, eh?

MAR. Sí, eh. Digo, sí. Le apretaba la garganta. De esta manera... El se defendió... me administró un puñetazo que me hizo caer al suelo... y cuando me levanté... había desaparecido...

HORT. ¡Lo estaba previendo! ¿Y miss Arabella, qué hacía entretanto?

MAR. ¿Qué hacía, eh?... (Toma otra copa y la estrella contra el suelo.) Llamar á su madre. (Cambiando de tono y con amabilidad.) Ya ves, querida Hortensia, cómo soy completamente inocente.

HORT. Sí, sí. (Llama al timbre.)

MAR. (Inquieto.) ¿Qué haces?

HORT. ¿No lo ves? ¡Llamar!

MAR. (Muy afectuoso.) ¿Necesitas algo?

HORT. (A Saturnino que aparece en la segunda derecha.) El sombrero y el bastón del señor Marianeda.

SAT. Bien, señora. (Vase.)

MAR. ¡Mi sombrero!... ¡Mi bastón!... ¿Para qué?

HORT. (Sonriendo.) Has urdido bastante bien esa historia.

MAR. (Con satisfacción ingenua.) ¿Verdad que sí?... (¡Uy!)

HORT. Yo no te pedía explicaciones; tú te has empeñado en dármelas... bueno. Pero como soy mujer, es decir, curiosa... (A Saturnino, que aparece con el sombrero y el bastón de Marianeda.) Gracias. (Saturnino vase. A Marianeda, que la mira absorto, ofreciéndole ambos objetos.) Aquí tienes tu sombrero y tu bastón. (Marianeda los toma maquinalmente.) Ahora vete á recorrer Madrid en todos sentidos hasta que encuentres al señor Soler.

MAR. ¡Ah!... ¿quieres?

HORT. Quiero oir de sus labios la descripción de esa lucha homérica.

MAR. (Pues señor... estoy tan divertido como antes... y todo por añadir de mi cosecha... ¿qué necesidad tenía yo de luchar con Soler?)

HORT. Vamos.

MAR. (Si titubeo estoy perdido.)

HORT. Que no vuelvas sin él. (Indicándole la puerta.)

MAR. (Poniéndose de golpe el sombrero y en tono decidido.) Está bien. Sí, señor. Allá voy... Allá voy,

porque veo perfectamente que aún desconfías... Sí... tú sospechas... tú no te fías de mí, tú estás pensando para tus adentros... ¡si lo veo!... ¡si lo adivino!... pero no... ya te convencerás... yo te probaré... (¡Ah... magnífica idea!) No tengas cuidado. Yo te traeré á Soler. ¡Vivo ó muerto! (Medio mutis.) ¡Muerto ó vivo! (Coge un libro ú otro objeto cualquiera que haya sobre el velador y lo tira al suelo, marchándose por la segunda derecha.)

ESCENA IV

HORTENSIA. Después NIEVES. Luego CLARA

HORT. ¿Conque luchando con Soler? Ya verás, maridito mío, ya verás quién soy yo. En cuanto al señor Tortosa que se permite aleccionarte... (Viendo á Nieves que entra por la primera izquierda muy nerviosa.) Nieves...

NIEVES Buenos días, querida Hortensia.

HORT. ¿Cómo has pasado la noche?

NIEVES Paseándome de un extremo al otro de mi alcoba. A eso de las cinco de la madrugada, rendida y no pudiendo ya más, me eché un rato. (Furiosa.) Y he soñado con Lucrecia Leganitos.

HORT. Yo con miss Arabella.

NIEVES Cuando pienso que mi marido ha tenido el descaro de hacerme arrodillar delante de él...

HORT. A mí me exaspera menos la idea de ser engañada que la de quererme hacer pasar la plaza de simple. (Entra Clara por la segunda derecha.)

NIEVES Mamá.

CLARA (Abrazándola.) ¡Hija mía!... ¡Pobrecita!... ¡Infortunada mártir!... ¡Juguete de un estufista!

NIEVES (Llorando.) Esos eran los caloríferos para Canarias!

CLARA Desahógate, hijita, desahógate. El seno de una madre se ha hecho para los desahogos. ¡Vaya un par de maridos que tenéis!

HORT. Un par de desahogados.

NIEVES Mamá, te lo ruego, no me hables más de

mi marido. Ya no hay nada de común entre ese señor y yo.

CLARA ¡Qué feliz me hacen tus palabras! Pero mi alegría no será completa hasta que el comandante Sanchidrián le quite de enmedio para siempre. (Hace ademán de tirarse á fondo con una espada.)

ESCENA V

DICHAS, SATURNINO y SANCHIDRIÁN

SAT. (Por la segunda derecha.) Mi coronela. El comandante Sanchidrián.

LAS TRES ¡Sanchidrián!

SAT. Desea hablar con el señor, pero como mi coronela me ha prohibido dirigirle la palabra...

CLARA Y mantengo la prohibición. Dí que pase al comandante.

SAT. (Simulando hablar con alguno dentro.) Mi comandante. Pase usted. (Entra Sanchidrián. Saturnino, vase.)

CLARA Adelante, Sanchidrián.

SANCH. (Con ansiedad.) Mi coronela... señoras... ¿Y el señor Tortosa?... ¿Dónde está el señor Tortosa?

HORT. ¿Quiere usted hablarle?

CLARA ¿Respecto al desafío que tienen ustedes pendiente?

SANCH. Sí, señora. Respecto al desafío. Vengo á presentarle mis excusas.

CLARA (Asombrada.) ¿Excusas?

SANCH. No era él quien me dió la bofetada en casa de Lucrecia.

HORT. ¿Cómo?

NIEVES ¿No era él?

SANCH. Verán ustedes. Ayer, después de abofetear al señor Tortosa, escribí al señor Soler para que me sirviese de testigo... Ya le conocen ustedes. Bienvenido Soler... el novio de Rigoberta... ¡valiente truhán!

CLARA Sí, sí.

SANCH. (Cambiando de tono y con pena.) ¡Pobre Rigober-

ta!... (Sacando una carta del bolsillo.) Y vean ustedes la carta que acabo de recibir. (Leyendo.) «Mi comandante. No acuse usted por más tiempo al señor Tortosa, pues yo soy quien tuvo el honor de cruzar su apreciable cara en casa de Lucrecia.» (Estrujando la carta con cólera.) ¡Cada vez que lo pienso!... (Prosiguiendo la lectura.) «Aprovechándome cobardemente de mi parecido con el señor Tortosa...» (Interrumpiendo la lectura.) Según mis noticias, la semejanza es increíble... (Continuando.) «Me hice pasar por él en mis amores con la citada joven...»

NIEVES ¡Ya!...

SANCH. (Leyendo.) «Pero la hora de las responsabilidades ha sonado, y no quiero que un inocente pague por el cupable. Usted comprenderá que después de esta confesión, no soy digno de aspirar á la mano de Rigoberta.»

HORT. (¡Admirable!)

SANCH. (Leyendo.) «Horrorizado de todo el mal que he hecho, sólo me resta advertir que no se culpe á nadie de mi muerte, pues á la hora en que reciba usted ésta, ya me habré hecho justicia.»

HORT. (¡Que pillo!)

SANCH. (Leyendo la firma.) «Bienvenido Soler.»

CLARA ¿Se ha matado el señor Soler?

NIEVES ¿Y entonces mi marido es inocente?

HORT. (¡Pero qué tuno!)

SANCH. (Con rabia, estrujando la carta.) ¡Mil millones de terremotos! ¡Ha hecho bien en saltarse la tapa de los sesos, porque si no yo!... (Entra Marianeda por la segunda derecha con la corbata deshecha, el traje en desorden y el sombrero apabullado.)

ESCENA VI

DICHOS y MARIANEDA

CLARA ¡Caramba, señor Marianeda! ¿De dónde viene usted así? ¿Qué le ha pasado?

MAR Acabo de dejar al señor Soler hace un instante.

NIEVES (Asombrada.) ¿Eh?
CLARA Pero...
SANCH. (Sobresaltado.) ¿Qué ha dicho?
MAR. (Levantando la voz.) Que acabo de dejar hace un instante al señor Soler. ¿Se han enterado ustedes?
SANCH. ¿Soler? ¿Bienvenido Soler?
MAR Sí, hombre. El mismo. Soler de Barcelona... peines, calcetines, violines... y todo eso.
HORT. (Conteniéndose para no reir.) (Este lo estropea.)
NIEVES (A Hortensia.) Luego... ¿no ha muerto?
HORT. (A Nieves.) (¡Chss!... ¡cállate!)
MAR. Apenas pisé la calle cuando le ví... á unos diez metros de distancia... Aprieto el paso... salto sobre él, gritando: ¡ah! ¡esta vez no te escapas! Se defiende... luchamos... ¡qué lucha tan encarnizada!
HORT. (Con risa comprimida.) Como ayer...
MAR. Más que ayer... Le explico lo delicado de mi situación... sin dejar de luchar, naturalmente...
HORT. ¿Y á pesar de todo no le han traído?
MAR. Hija mía, porque es más fuerte que yo. Me puede. Todo lo que he conseguido, es que me escribiera esta carta... (Sacando una carta.) apresuradamente en un café.
HORT. Dámela. (La toma.)
MAR. (¡Fué el mozo quien la escribió!)
SANCH. (Con furia.) ¿Es decir que se ha burlado de nosotros?
MAR. (Con satisfacción.) (Y ahora que diga Federico que no sirvo para inventar nada.)
HORT. (Leyendo.) «Señora doña Nieves. Nunca quise certificar verbalmente sobre la inocencia del señor Tortosa, pero viéndome obligado á marchar á Barcelona...»
SANCH. / CLARA ¡A Barcelona!
MAR. Eso es. A Barcelona. Irá por género... digo yo.
HORT. (Leyendo.) «Llamado por mi mujer que está enferma...»
NIEVES ¿Su mujer?
MAR. ¡Ah, sí!... no va por género... ya no recordaba que su mujer...
HORT. (Leyendo.) «Y por mis once hijos...»

SANCH. ¡Once hijos!... ¡Tiene once hijos!...

MAR. (He puesto tantos hijos, para que sea más verosímil.)

HORT. (Leyendo.) «Aplazo esta cuestión para cuando regrese. Bienvenido Soler.»

SANCH. ¡Bien, hombre!... Me escribe diciendo que se mata, y sale para Barcelona.

MAR. (Azorado.) ¿Eh?... ¿Le ha escrito á usted Soler?...

HORT. (Conteniendo la risa.) Si. Lea usted, comandante.

SANCH. (Leyendo.) «... No se acuse á nadie de mi muerte. A la hora en que reciba usted ésta, ya me habré hecho justicia.»

MAR. (¡Córcholis!) ¡El pararrayos de Federico!)

SANCH. (Exasperado.) ¡Ah!... es casado, tiene un escuadrón de hijos, y hacía el amor á Rigoberta.

CLARA ¡Pero ese hombre es un turco!

MAR. Rigoberta... no había yo contado... ¿á que he metido yo *otra* pata?)

HORT. (Viendo la turbación de su marido.) (¡Pobre Marianeda!)

SANCH. Yo necesito la piel de ese hombre... y la de los once hijos.

MAR. (Será para poner una peletería.)

SANCH. ¿A qué hora sale el tren para Barcelona?

MAR. (¡Ay, si se fuera!) Yo no sé, pero creo que pronto. No pierda usted tiempo; si se da usted prisita...

SANCH. Está bien. (A Marianeda.) Vamos.

MAR. (Asustado.) ¿A dónde?

SANCH. A la estación del Mediodía.

MAR. ¿Para qué?

SANCH. (Cogiéndole de la solapa.) No le abandono á usted hasta que hayamos encontrado á Soler.

HORT. Sí, sí, comandante. Yo se lo ruego, (A Marianeda.) Ahora estoy más interesada que nunca en que le traigais.

MAR. (Si titubeo estoy perdido.) (Con aire resuelto, á Hortensia.) Bueno. Pues allá voy... sí... allá voy... porque veo perfectamente que aún desconfías... Sí, tú sospechas... tú no te fías de mí... tú estás pensando para tus adentros... ¡si lo adivino!... ¡si lo veo!... ¡si lo comprendo!... ¡si lo!...

SANCH (Excitando á Marianeda.) ¿Quiere usted acabar

con mil demonios de ocuparse de sus asuntos domésticos?

MAR. Hombre... no se acalore usted... yo...

SANCH. (Empujándole hacia segunda derecha.) ¡Andando!

MAR. (¡Y no puedo avisar á Federico!)

SANCH. ¡Le voy á arrancar la piel!

MAR. Y yo también. Nos la repartiremos. (Vanse ambos por la segunda derecha.)

ESCENA VII

DICHOS, menos SANCHIDRIÁN. Luego, JUANA. Apenas salen Marianeda y Sanchidrián, Hortensia empieza á reirse á carcajadas. Nieves y Clara se miran asombradas

CLARA Pero, Hortensia... la ocasión no me parece á propósito...

NIEVES Mujer, ¿qué significa?...

HORT. Esto significa que también mi marido quiere hacer de Soler; pero con la misma destreza conque un elefante tocaría la guitarra.

NIEVES ¿De Soler?

HORT. Sí. Y desde este momento tu causa es la mía, porque al desenmascarar á Marianeda, desenmascaro igualmente á Federico.

NIEVES ¿De modo que tú sigues creyendo que mi marido y Soler son una misma persona?

HORT Y un solo pillo verdadero. Estoy segura. ¿No comprendes que al cargar á Lucrecia en la cuenta del señor Soler, y al enviar á éste al otro mundo, se deshace al mismo tiempo del comandante y de Rigoberta?

NIEVES Pasando, además, por inocente á mis ojos... sí, sí...

CLARA Tiene razón.

HORT. Hay que reconocer que la comedia estaba divinamente representada y que es de primera fuerza.

NIEVES ¡Qué tonta he sido!... ¡qué bobalicona!... ¿Pero cómo le haríamos confesar?...

CLARA Se me ocurre un medio.

HORT. ¿Cuál?

CLARA Ahogarle... yo me comprometo.

HORT. Entonces, ¿qué iba á confesar? No, no. Con

un hombre de su temple, sólo la astucia, el ingenio...

NIEVES Busca, por Dios, Hortensia, busca en el repertorio. ¿Cómo le obligaría un autor dramático á declararse culpable?

HORT. ¿Cómo?... pues... aguarda... (Lanzando una exclamación.) ¡Ah!... ¡ya le tengo!... sí, sí... es lo mejor.

NIEVES ¿Se te ha ocurrido?

HORT. Un medio infalible. Haz que venga Juana. (Nieves, apresuradamente, toca el timbre varias veces.) Anda pronto. Tenemos contados los minutos.

NIEVES (Llama de nuevo al timbre y después grita en la segunda derecha,) ¡Juana!

HORT. ¡Ahora veremos, querido Tortosa!

JUANA (Por la segunda derecha,) ¿Llama la señora?

HORT. Soy yo quien te necesita. Oyeme bien. Cuando el señor Tortosa te pregunte si ha venido el comandante Sanchidrián, tú respondes que no. ¿Has comprendido?

JUANA Sí, señora.

HORT. Nada más. (Vase Juana.)

NIEVES Ahora explícanos...

HORT. Veamos el plan.

CLARA Pues... (Voz de Tortosa, dentro.)

NIEVES (Mirando en la segunda derecha.) ¡La voz de Federico!

HORT. Pronto... ¡á mi cuarto!... Allí explicaré todo en dos palabras...

CLARA (¡Esta mujer qué bien mandaría un escuadrón!) (Vanse las tres por la segunda izquierda.)

ESCENA VIII

JUANA. Después FEDERICO

JUANA (Por la segunda derecha con varios periódicos en la mano.) Yo no sé lo que ocurre hoy en esta casa. Parece que todos están locos. (Deja los periódicos sobre el velador.)

FED. (Por la segunda derecha,) ¡Ah!... Juana, ¿son los periódicos?

JUANA Sí, señor. (Federico toma uno. Medio mutis de Juana.)

FED. Oye. ¿No ha venido todavía el comandante Sanchidrián?

JUANA No, señorito. (¿Por qué no querrán que lo sepa?)

FED. Está bien. Ya sabes lo que te dije antes. Así que venga...

JUANA Le avisaré á usted. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA IX

FEDERICO. Después NIEVES

FED. (Consultando su reloj.) Pues, señor, me extraña muchísimo. El comandante debía haber llegado ya para darme todo género de explicaciones. En fin... ¿quién sabe?... es posible que el cartero haya llegado con retraso. Tendremos paciencia... (Se sienta y desplega el periódico.) ¡Qué digno y qué majestuoso voy á estar cuando mi mujer se arroje á mis plantas para implorar nuevamente perdón. Lo que es esta vez la dejo arrodillada diez minutos, ó veinte minutos.. no, una hora, que es cifra redonda. Eso la enseñará á no hacerme pasar la noche en la dulce compañía del candoroso Marianeda. Y, á proposito, ¿qué habrá sido de Marianeda?... Vamos á ver qué hay de nuevo. (Leyendo.) «Infidelidad conyugal.» «Sorpresa de un marido...» ¡Caracoles! (Viendo entrar á Nieves por la segunda izquierda.) ¡Ella!... ¡lo siento! Llega demasiado pronto. (Nieves entra cantando alegremente un trozo cualquiera de zarzuela. Hace como si no hubiera visto a Federico, se acerca primero á la chimenea, después al velador, fingiendo buscar alguna cosa. Mirando con asombro la alegría y desemboltura de Nieves.) (¡Y viene cantando como una alondra!... ¡yo que la suponía desesperada!... ¡caramba!... ¡esto mortifica!)

NIEVES Dónde habré puesto yo el dedal... el dedal... el dedal... el dedal... el dedal... (Al ir buscando se acerca á Federico, quedando frente á él.) ¡Calla!... ¿Estabas ahí, Federiquito?

FED. (Asombrado.) (¿Federiquito?)

NIEVES Oye, monín, ¿no has visto mi dedal?

FED. (Cada vez más asombrado.) No... (¿Qué es esto?)

NIEVES Dime, ¿almuerzas hoy con nosotros?

FED. (Sin saber qué cara poner.) Sí... hoy... sí... almuerzo.

NIEVES (Viendo su perplegidad.) ¿Pero qué te pasa, tontín? ¡Me miras embobado!.. Vaya, ¿á que resulta que estás todavía serio? No seas rencoroso. ¿Para eso hemos hecho las paces?

FED. ¿Las paces?

NIEVES (Alegremente.) Sí, hombre. Abrázame.

FED. ¿Que te abrace?

NIEVES (Abriendo los brazos.) ¡Anda!

FED. (Abrazándola un poco tímidamente.) (¡Esto es incomprensible!... ¿Estaré soñando?)

NIEVES Más fuerte... más... (Federico la abraza más fuerte.) ¡Aprieta sin miedo!... Así... vamos, no está mal... (Bajando los ojos ruborizada.) Pero anoche me abrazabas con más cariño.

FED. ¿Cómo?... ¿qué dices?

NIEVES Que anoche me abrazabas con más cariño.

FED. ¿Yo?... ¿Que yo te abrazaba anoche?... ¿Yo?

NIEVES ¡Claro!... Después de haber hecho las paces.. ¿Qué te sucede?... ¿No te acuerdas ya?

FED. (Que empieza á alarmarse.) De nada. No me acuerdo ya de nada.

NIEVES ¡Vamos, Federico!... (Mortificada.) No pretenderás exigirme que yo te recuerde...

FED. Sí, si, Nieves... ¡te lo ruego!... ¡recuérdamelo! ¡te lo suplico!

NIEVES Bueno, pues... anoche... á eso de la una...

FED. (Ansioso.) ¿A eso de la una?

NIEVES Llamaste á mi puerta.

FED. ¿Yo?

NIEVES Tú. Al principio no quise abrirte... estaba furiosa contigo por lo de Lucrecia.

FED. (Con ansiedad.) ¿Y después?... ¿Y después?...

NIEVES Después... seguiste llamando... tan, tan, tan. Luego, me digiste cosas tan tiernas entre cada tan, tan, tan... tu voz me parecía tan dulce... tan llena de sincero arrepentimiento... tan... tan...

FED. (Con voz ahogada.) Sí, tan, tan, tan; pero, sigue, ¿y después?

NIEVES Sentí mucha lástima... me levanté sin ruido... descorrí el cerrojo... entraste...

FED. ¿De modo que entré?... ¡Ay, Dios mío!... Sigue...

NIEVES Nos sentamos en el sofá. Me diste un abrazo. .

FED. (Sofocado.) Basta, basta. Nieves... no sigas. Dime que tú has soñado... ó que sueño yo ahora...

NIEVES ¿Soñado... yo? ¿Y por qué? ¿Quieres explicarme?

FED. ¡Me voy á volver loco!

NIEVES (Asustada.) ¡Ay, Federico!... ¿Qué te pasa?

FED. ¿Pero tú no comprendes, desdichada, que no fuí yo quien estuvo anoche haciendo tan, tan, tan en tu puerta?

NIEVES (Fingiendo asombro.) ¿No?

FED. Ni fuí yo quien se sentó en el sofá, ni fuí yo quien te dió un abrazo.

NIEVES ¡Ay, Virgen Santísima!

FED. Yo he pasado la noche roncando en esa butaca.

NIEVES (Asustada.) ¿Pues entonces?...

FED. (Lanzando un grito.) ¡Ah!... ¡Es Leonardo!

NIEVES ¿Leonardo?

FED. ¡Sí!... ¡ese infame! Se habrá aprovechado de la obscuridad.

NIEVES ¿De la obscuridad?... ¡Pero si encendiste todas las luces!...

FED. (Estupefacto.) ¿Todas las luces?... ¿Y tú me has visto á mí? ¿Tú me has visto?

NIEVES ¡Naturalmente! Igual que te veo ahora.

FED. Entonces... ¿es que yo soy sonámbulo?

NIEVES Eso sí que no. Los sonámbulos duermen, y tú no estabas dormido ni mucho menos. (Lanzando de pronto un grito, como asaltado por una sospecha.) ¡Ay, qué sospecha!...

FED. ¿Cuál?

NIEVES (Retorciéndose las manos con un terror loco y paseándose por la escena con agitación.) ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, madre mía! ¡Ay, Virgen de las Angustias!

FED. ¡Nieves!

NIEVES Sí... eso debe ser... ¡ah!... ¡sería terrible!... ¡sería espantoso!... ¡sería criminal!... ¡sería villano!...

FED. ¿Pero qué?... Habla.

NIEVES ¡Soler! (Dejándose caer sobre una silla, muy abatida.)

FED. ¿Soler? (¿Qué enredo es este?) (*Queda un momento estupefacto. Después mira á su mujer, que permanece anonadada en su asiento. Mientras tanto entra Sanchidrián por la segunda derecha.*)

ESCENA X

DICHOS y SANCHIDRIÁN

SANCH. (*Entrando.*) No sale ningún tren hasta las cuatro y media.

FED. (¡El comandante!)

NIEVES (*Levantándose al ver á Sanchidrián.*) (Este lo va á echar todo á perder.)

SANCH. (*Viendo á Federico.*) ¡Hombre, señor Tortosa! ¡Gracias á Dios! Tengo un placer muy grande en presentarle mis excusas, y en retirar noblemente la bofetada que le adjudiqué... ¡Sí, sí, es un deber sagrado! No era á usted á quien me dirigía. Además, vengo á rogar á usted que me sirva de testigo...

FED. ¿De testigo? ¿Con quién va usted á batirse?

SANCH. Con Soler.

FED. (*Asombrado.*) ¿Con Soler?

SANCH. Sí. Estoy enterado de todo. El miserable me ha escrito diciendo que se mataba.

FED. Pues entonces...

SANCH. Es que después ha escrito otra carta.

FED. ¿Otra?

SANCH. En la que dice que sale para Barcelona.

FED. ¿Soler?

SANCH. Soler, sí señor. Pero yo le arrancaré la piel, aunque tuviera que ir á buscarle á los infiernos.

FED. (*Atontado.*) Dispense, comandante, dispense. ¿Dice usted que Soler sale para Barcelona?

SANCH. Llamado por su mujer.

FED. ¿Qué mujer?

SANCH. Porque es casado.

FED. ¿Sí?

SANCH. Y tiene once hijos.

FED. ¿Once hijos?... ¿Soler?

SANCH. Sí, hombre, Soler. ¡Parece usted tonto! Y cuando pienso que si otras personas no le llegan á encontrar y me lo dicen...

FED. (Estupefacto.) ¿Qué, le han encontrado?

SANCH. Hace un cuarto de hora. En la esquina de esta calle.

FED. ¿A Soler?

SANCH. ¡Dale!... A Soler.

NIEVES (Pues resulta que nos está ayudando.)

FED. (Cada vez más enloquecido.) (Yo no sé... yo me pongo malo.)

SANCH. Quedamos en que cuento con usted, ¿verdad?... Voy en seguida al Círculo militar á buscar un segundo. Hasta ahora. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA XI

FEDERICO y NIEVES; después HORTENSIA y CLARA

FED. (Completamente anonadado.) ¡Nieves!

NIEVES ¡Federico!

FED. ¡Ya no se puede dudar!

NIEVES (Suspirando.) ¡Ay!

FED. ¿Le han encontrado?

NIEVES ¡Ya lo ves! (Clara y Hortensia entran por la segunda izquierda sin ser vistas por Federico.)

FED. (Con desesperación.) ¡Tiene mujer! ¡Y once hijos!... ¡Y esta noche... esta noche!...

NIEVES (Avergonzada.) ¡Calla! ¡Calla!

FED. (Furioso.) ¡Pero entonces! ¿Soler existía? Yo no le había inventado... ha dado la casualidad.

CLARA Por fin.

HORT. Vencimos. (A un tiempo.)

NIEVES Confesó.

FED. (Volviéndose sorprendido.) ¿Eh?

HORT. ¡Lo ha confesado!

FED. (Aterrorizado.) ¡Era una emboscada!

NIEVES Sí; era una emboscada; Soler no existe y tú has sido el que lo inventó. Pero á comedia, comedia y media. Ahora ya sé todo lo que quería saber.

FED. ¡Nieves!

NIEVES No, no. Basta de Nieves. Se acabó la cándida Nieves que creía á usted incapaz de burlarse de ella hasta ese punto. Se acabó, se acabó para siempre. Adiós, caballero. Sé

muy bien lo que tengo que hacer. (Vase por la primera izquierda.)

FED. ¡Pero Nieves!

CLARA (Severamente.) Sabemos muy bien lo que tenemos que hacer. (Vase siguiendo á Nieves.)

FED. (Cayendo sobre una silla.) ¡Me he lucido!

ESCENA XII

FEDERICO y HORTENSIA

HORT. Vamos, cálmese usted.

FED. Muy bien, señora. Estará usted satisfecha. Me ha derrotado usted en toda la línea.

HORT. Es cierto. La provinciana de Calahorra podrá enorgullecerse de haber obtenido la victoria sobre un madrileño como usted, tan fértil en invenciones, tan conocedor de todas las trapisondas...

FED. Dulcifique los calificativos.

HORT. La culpa es suya por haberme desafiado. No se debe desafiar á una mujer. Y también hizo usted mal en aconsejar al tonto de mi marido.

FED. En resumen. Usted ha satisfecho su amor propio, pero á costa de mi felicidad. Nieves no perdonará nunca.

HORT. ¿Por qué no?... ¡Ya lo creo!... Si usted la promete ser más juicioso y no resucitar á ese simpático señor Soler, que ha matado usted tan cruelmente... Las mujeres tenemos tesoros de bondad y basta á veces una palabra... (¡Pobre muchacha!) (Saliendo por la primera izquierda.) (¡Ea! Tratemos ahora de conseguir que hagan las paces.) (Vase.)

ESCENA XIII

FEDERICO. Después SANCHIDRIÁN. Luego MARIANEDA

FED. La conozco. Es inútil esperar perdón. No me queda otro recurso que marcharme.

SANCH. (Entrando por segunda derecha.) No voy al Círculo. He pensado que Marianeda nos podía servir.

FED. (Furioso.) Vaya, se acabó. Déjeme usted en paz. Ya lo he confesado todo, ¿oye usted?... ¡Basta de líos!

SANCH. ¿Qué? (Aparece Marianeda por segunda derecha.)

FED. ¡Soler, soy yo!... ¡Soy yo!... ¡Soy yo!...

SANCH. (Asombrado.) ¿Usted?

MAR. (Que se oculta detrás del piano.) (¿Qué dices?)

SANCH. ¿Pero usted no es el señor Tortosa?

FED. (Incomodado.) Sí. Y también Soler. Soler es Tortosa y Tortosa es Soler.

SANCH. Pero...

FED. Hemos concluído. Estoy á su disposióión. Usted tendrá mi piel, pero yo tendré la de usted, que es mayor, y salgo ganando.

SANCH. ¡Maldito si comprendo! ¡Me va usted á volver loco!

FED. Y usted á mí.

SANCH. ¡Basta! Voy á buscar testigos.

FED. Sí. Haga usted el favor.

SANCH. (Saliendo por la segunda derecha.) ¿Soler es Tortosa?... ¿Tortosa es Soler?...

MAR. (Saliendo de su escondite.) ¿Qué has hecho, desgraciado?

FED. ¡Ah! ¿Eres tú? Nuestras mujeres lo saben todo.

MAR. ¡Caspitina!

FED. Me he dejado vencer como un imbécil, como tú.

MAR. ¡Recaspitina!

FED. Y ahora mismo me marcho de esta casa. (Vase por la segunda izquierda.)

MAR. ¡Anda! Y yo que le había contado á mi mujer... (Se oye la voz de Nieves.) ¡Ella! (Se oculta precipitadamente detrás del piano.)

ESCENA XIV

MARIANEDA, HORTENSIA y NIEVES

NIEVES (Por la primera izquierda seguida de Hortensia.) Nada, no insistas. Mi resolución está tomada, y es irrevocable.

HORT. Mira, Nieves, considera...

NIEVES Una vez divorciada, me iré á vivir con mamá y...

HORT. No. Nada de divorcio. Tú le perdonarás. Nuestro deber es perdonar. Si todas las mujeres engañadas nos divorciarámos...

NIEVES (Con ironía.) ¿Entonces, tú perdonarás á Marianeda?

HORT. Es claro que sí.

MAR. (¡Olé, olé!... ¡si lo sé antes me aprovecho!)

NIEVES Porque tú le querrás aún; pero yo odio á Federico. (Con rabia.) ¡Sí! ¡Le odio, le odio, le odio! (Se sienta.)

HORT. (Sonriendo.) Lo repites demasiado, para que sea sincero. Estoy segura de que sigues queriéndole.

NIEVES No. Te digo que no.

MAR. (Aquí de mi habilidad.) (Vase disimuladamente por la segunda izquierda.)

HORT. Y si quisieras tomarte el trabajo de leer en el fondo de tu corazón...

MAR. (Sale corriendo por segunda izquierda como un hombre preso de gran emoción.) ¡Ay, qué catástrofe!... ¡qué catástrofe!

NIEVES (Levantándose.) ¿Eh?... ¿qué pasa?

MAR. (Con voz sofocada.) ¡Federico! ¡Ah!... ¡es horrible! ¡espantoso!

HORT. (Asustada.) ¡Acaba!

MAR. Sí, eso es... Acaba de arrojarse por un balcón á la calle.

NIEVES (Lanzando un fuerte grito.) ¡Ah! (Se dirige corriendo hacia el mirador; Hortensia, lanzo otro grito, corre tras ella.)

MAR. (A Nieves.) ¿Lo ve usted cómo le ama todavía?

HORT. (Deteniéndose.) ¿Pero no es cierto?

NIEVES ¿No era verdad? (Sale Federico por la segunda izquierda con una maleta en la mano. Lleva un gabán claro y amplio de viaje, de los llamados cubre-polvo, que oculta todo su traje, y el sombrero puesto.) ¡Federico! (Se abraza á su cuello.) Tenía razón Hortensia... te perdono.

HORT. (A Marianeda.) ¿Y á ti sólo se te ha ocurrido este ardid?

MAR. (Con orgullo.) Completamente sólo. Sin el repertorio. (Se estrechan las manos afectuosamente.)

ESCENA XV

DICHOS, SANCHIDRIÁN. Luego CLARA

SANCH. (Por la segunda derecha.) He encontrado en la calle á unos compañeros que consienten en apadrinarme.

FED. (Á Hortensia.) ¡Y yo que le he confesado todo hace un instante!

NIEVES ¿Eh?

HORT. Déjeme usted á mí.

SANCH. (Á Federico.) ¿Tiene usted padrinos?

HORT. (Interponiéndose.) Dispense usted, comandante, está usted incurriendo en una equivocación, muy natural después de todo.

SANCH. ¿Por qué?

HORT. Porque este señor (Indicando á Federico.) no es el que usted vió aquí hace un momento. El que estaba aquí era el señor Soler. Este caballero es el señor Tortosa que, como ve usted, acaba de llegar de un corto viaje.

FED. Así es, amigo mío.

NIEVES Efectivamente.

MAR. Yo lo certifico como médico y bacteriólogo.

SANCH. Pero, ¿Soler no es Tortosa? ¿Tortosa no es Soler?

TODOS No, señor.

HORT. Eso es una nueva estratagema inventada por ese infame de Soler.

SANCH. ¿Es decir, que se ha vuelto á escapar? La verdad es que cada vez lo entiendo menos. Pero no importa. Yo le encontraré. Aunque tenga que consagrar para ello todo el resto de mi vida.

CLARA (Entrando por la primera izquierda con una maleta en la mano.) Ya estoy preparada. ¿Y tú? (Á Nieves.)

NIEVES Yo no, mamá.

CLARA ¿Por qué?

NIEVES Porque me quedo con mi esposo.

CLARA Entonces me marcharé sola.

FED. (Eso voy ganando.)

MAR. (Á Federico.) (Conque, amiguito. Conste que hemos quedado á la misma altura. Ya no puedes engañar más á tu mujer. (Sentenciosamente.) El repertorio...).

FED. (No me hables más de teatro, querido Leopoldo. Al primer estreno que asista... iré de reventador.)
(Al público.)
No hagas lo mismo, público clemente,
y si fué de tu agrado esta humorada,
espero ya impaciente
que me otorgues la clásica palmada.
(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE JOAQUIN ABATI

Entre Doctores.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Azucena.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original

Ciertos son los toros.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Condenado en costas.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El otro Mundo.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (1)

Doña Juanita.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

Los niños.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

La conquista de Méjico.—Comedia en un acto y en prosa, original.

Los litigantes.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Causa criminal.—Monólogo en prosa, original.

La enredadera.—Juguete cómico en un acto y dos cuadros, en prosa, original.

De la China.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (3)

Los besugos.—Sainete lírico en un acto y seis cuadros, en prosa y verso, original. (3)

Los amarillos.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa. (2)

El tesoro del estómago.—Caricatura en un acto y tres cuadros. (3)

Lucha de clases.—Zarzuela en un acto y tres cuadros. (4)

Las Venecianas.—Ensayo cómico-lírico en un acto y tres cuadros (la música). (5)

La buena crianza ó tratado de urbanidad.—Monólogo cómico, original, en prosa.

Tierra por medio.—Zarzuela en un acto. (4)
El Código penal.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa. (6)
Tortosa y Soler.—Comedia en tres actos y en prosa. (7)
Aquilino Primero.—Juguete en un acto. (8)
El Himeneo.—Monólogo en prosa.
Un hospital.—Monólogo en prosa. (3)
Los hijos artificiales.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (7)
El intérprete.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (3)
El trébol.—Zarzuela cómico-lírica en un acto y tres cuadros, en prosa. (9)
El aire.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (9)
Tortosa y Soler.—Refundida en dos actos. (7)
La Mulata.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (3) y (9)
Alsina y Ripoll.—Comedia en cinco actos y en prosa. (6)
La Marcha Real.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (9)
La taza de the.—Zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros. (9) y (11)
El 30 de Infantería.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (10)
El aire.—Juguete cómico-lírico en un acto, en prosa. (9)
Las cien doncellas.—Monólogo cómico en prosa.
El 30 de Infantería.—Juguete cómico en dos actos, en prosa. (Refundición). (10)
La hostería del laurel.—Zarzuela en un acto, dividido en en tres cuadros, original y en prosa. (9)
Mayo florido.—Sainete lírico en un acto. (9)
El gran tacaño.—Comedia en tres actos y en prosa. (9)
Los hombres alegres.—Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa. (9)
Los perros de presa.—Viaje en cuatro actos, divididos en diez cuadros. (9)
El Paraíso.—Juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (9)
¡Mea culpa!, disgusto lírico, original y en prosa. (9)

Genio y figura.—Comedia en tres actos y en prosa, original. (1), (5) y (9)

La partida de la porra.—Sainete lírico en un acto, original y en prosa. (9)

La mar salada.—Comedia en dos actos y en prosa, original. (9)

La alegría de vivir.—Comedia en cuatro actos y en prosa. (9)

Los viajes de Gulliver.—Zarzuela cómica en tres actos. (9)

---

(1) En colaboración con Don Carlos Arniches.
(2) Idem con Don Francisco Flores García
(3) Idem con Don Emilio Mario (hijo.)
(4) Idem con Don Sinesio Delgado.
(5) Idem con Don Enrique García Alvarez.
(6) Idem con Don Eusebio Sierra.
(7) Idem con Don Federico Reparaz.
(8) Idem con Don Emilio F. Vaamonde.
(9) Idem con Don Antonio Paso.
(10) Idem con Don Luis de Olive.
(11) Idem con Don Maximiliano Thous.

Queda prohibida en absoluto la venta de e
obra. La tirada se hace exclusivamente para ser
los archivos de las Compañías que la represent
en España, las cuales responderán de los ejemp
res que con tal motivo se les faciliten.